

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura
Mención en Escritura Creativa

Tinta Rosa

Damián De la Torre Ayora

Tutor: Alex Schlenker

Quito, 2025



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Damián Vinicio De la Torre Ayora, autor del trabajo intitulado “Tinta Rosa”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Investigación en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

07 de septiembre de 2025

Firma: _____



Resumen

Tinta Rosa es una compilación de crónicas que explora las complejas dinámicas de las relaciones de pareja a través del lente del periodismo cultural. Este trabajo se enmarca en la intersección entre la realidad y la ficción. Se utiliza un enfoque narrativo que busca retratar las historias de amor, pasión, encuentros y desencuentros de figuras del mundo cultural ecuatoriano. Las historias incluyen figuras de la literatura, la música, el teatro y otras disciplinas artísticas, presentadas a través de un prisma que revela tanto sus vulnerabilidades como sus grandezas. Estos textos no solo relatan la intimidad de las parejas, sino que también reflejan el entorno cultural en el que se desarrollan, capturando el espíritu de una época y la influencia del contexto en las relaciones humanas. Si bien termina siendo un ejercicio de ficción, se busca demostrar cómo la narrativa periodística puede ser un medio para abordar temas universales como el amor, la pasión y la conexión humana, al tiempo que se mantiene una profunda vinculación con la realidad cultural y social. Además, de que se transforma en un vehículo para explorar las fronteras entre lo privado y lo público, lo real y lo ficticio.

Palabras clave: crónicas, periodismo narrativo, periodismo cultural, ficción

Para la Isa, esta tinta rosa escrita
con tinta sangre del corazón.

Tabla de contenidos

Introducción.....	11
Tinta Rosa.....	23
Obras citadas.....	93

Introducción

Uno sabe cómo empiezan las historias, pero nunca cómo terminarán. Ni al colocar el punto final, se llega al fin. Han cambiado varias cosas de la presente tesis. Desde el título: arrancó como *(Des)amorxs*; luego, fue sugerido como *Desamores: breves crónicas de relaciones afectivas del mundo cultural ecuatoriano*. Hasta llegar simplemente a *Tinta Rosa*. En un inicio, se trataba de un proyecto concentrado en la crónica periodística. Ahora se nutre de ella para elaborar un texto híbrido. Las múltiples lecturas, el intercambio de ideas, el aprendizaje con los compañeros, las enseñanzas de los docentes y la vida misma (con sus hechos inesperados), son variables que inclinan la cancha hacia otro lado. Pero, como lo indica el escritor peruano Gustavo Rodríguez, no se trata de cómo se empieza un partido de fútbol, sino cómo termina.

Tinta Rosa busca explorar y narrar las dinámicas de amor y desamor, amistades y separaciones, así como otros vínculos afectivos entre las personas (personajes) seleccionadas. Se espera contar estas historias a través de crónicas, las cuales terminan siendo relatos que se basan en hechos reales y suman acontecimientos ficticios. Además, se propone la aparición de otros textos que dan cuenta de un registro de periódico o revista.

Se había planteado el reunir diez relatos. Entre los nombres propuestos estaban: Andrés ‘Tush’ Villalba y Silvia Stornaiolo; Rodinás y Gabriela Vargas; Eduardo Varas y Marcela Ribadeneira; Sandra Araya y Javier Lara; Salvador Izquierdo y Romina Muñoz; Diego Chamorro y Pamela Ríos; Alex Alvear y Fabiola Pazmiño; entre otras parejas. Algunas de las mencionadas participaron, otras quedaron en el camino. Al final, terminaron siendo nueve relatos. En seis de estos constan los nombres de los entrevistados y en los otros tres se acude al anonimato, aunque ciertos detalles pueden ser una pista para que los más ávidos lectores den con los protagonistas. También, se suman una serie de textos como un reportaje, una carta inédita de Simón Bolívar a Manuela Sáenz (inventada), una nota sin publicar debido a la censura, poemas, cartas de los supuestos lectores de la revista *Tinta Rosa*, entre otros escritos que juegan a manera de archivo, dándole un aire a lo que Manuel Puig propuso con su *Boquitas pintadas*.

La idea es que el lector tenga un juego alterativo con el texto, en general. Para este propósito, el enfoque narrativo busca crear un relato atractivo y emotivo, que capte

la atención del lector y lo adentre en el mundo de las emociones y las relaciones humanas en el contexto cultural de Ecuador.

La crónica y el periodismo narrativo como base de redacción

La cronista argentina Leila Guerriero opina que el mejor perfil que ha dado el periodismo narrativo es el realizado al cantante estadounidense Frank Sinatra por parte del periodista Gay Talese. “Sinatra con catarro es Picasso sin colores o un Ferrari sin gasolina, sólo que peor” (2010, 30), podría resumir todo este artículo que se convierte en la pieza clave de las clases universitarias de periodismo, y que cuenta con el aval de maestras y maestros de este género en la actualidad.

El periodismo narrativo se originó en los Estados Unidos en la década de los sesenta. Los periodistas estaban experimentando con nuevas formas de contar historias que pudieran atraer a los lectores y, al mismo tiempo, informar sobre los hechos de manera precisa. El periodismo narrativo busca contar historias a través de la utilización de técnicas literarias, tales como la descripción detallada de personajes, escenarios y emociones, para lograr que los lectores se sientan involucrados en la historia.

En los setenta, el periodismo narrativo comenzó a adquirir una mayor importancia gracias a la obra de Tom Wolfe, quien popularizó el género con su libro *El Nuevo Periodismo*. Otros autores como Truman Capote, el propio Talese y Hunter S. Thompson también contribuyeron a la evolución del periodismo narrativo, utilizando técnicas literarias para contar historias de manera más atractiva y entretenida. Por su parte, como un gran cultivador de este género, en nuestra región, está el nobel colombiano Gabriel García Márquez como uno de los iniciadores, quien concibió obras maestras como *Relato de un naufrago* o *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*. En la actualidad, la nombrada Guerriero, Josefina Licitra, Jon Lee Andersson, Martín Caparrós, entre otros, se consolidan como referentes del periodismo narrativo a través de la crónica. Por otra parte, el periodismo ha ganado un reconocimiento literario gracias a la labor de Ryszard Kapuscinski, así como el trabajo periodístico merecedor del Nobel de Literatura realizado por Svetlana Aleksíevich.

En las últimas décadas, el periodismo narrativo ha evolucionado y se ha diversificado, y ha demostrado ser una herramienta valiosa para el periodismo de investigación y para contar historias sobre temas sociales, culturales y políticos. El periodismo narrativo se ha convertido en un género propio, con libros y revistas

enteramente dedicados a este tipo de trabajos. Hoy en día, el periodismo narrativo se ha vuelto más accesible gracias a la tecnología, con la publicación de artículos y libros en línea, así como la producción de podcasts y documentales.

La crónica periodística es el género periodístico por excelencia dentro del periodismo narrativo. Se caracteriza por relatar un suceso de actualidad con un estilo más elaborado que el de una noticia. En la crónica, se utilizan técnicas literarias para contar una historia, con el objetivo de captar la atención del lector y mantenerla hasta el final. Se pueden abordar temas diversos, desde sucesos políticos o sociales hasta eventos deportivos o culturales. En general, se considera que una buena crónica debe ser precisa en los datos y hechos que relata, pero a la vez debe ser interesante y atractiva. A diferencia de la noticia, que se enfoca en informar los hechos de manera objetiva y sin interpretación, la crónica periodística permite al autor utilizar su estilo literario y personalidad para contar la historia. En la crónica, el periodista puede incluir sus propias reflexiones, opiniones y emociones acerca del suceso que está narrando.

La crónica periodística tiene sus orígenes en el periodismo literario del siglo XIX, donde escritores como Charles Dickens y Mark Twain combinaban la información periodística con técnicas literarias para crear relatos más atractivos para el lector. Hoy en día, continúa siendo un género popular en el periodismo, y es muy valorada por su capacidad para relatar hechos de actualidad de una manera más emotiva y atractiva.

Un libro clave

El libro que se transforma en la columna vertebral y referencia de *Tinta Rosa* es *Pasiones*, de Rosa Montero. Ella es una escritora y periodista española, nacida en Madrid, en 1951. Es una de las autoras más reconocidas y prestigiosas de la literatura española contemporánea. Su trayectoria empezó como periodista en el diario *Pueblo*, para después continuar su periplo periodístico en *Fotogramas*, *Posible* y *Diario 16*. En 1977, ingresó al diario *El País*, donde escribió durante más de veinte años. En este periódico, se convirtió en una de las columnistas más respetadas de España.

Como escritora, ha publicado novelas, cuentos y ensayos. Algunas de sus obras son *La función Delta* (1981), *Temblor* (1990), *La hija del caníbal* (1997), *El corazón del tártaro* (2001), *La loca de la casa* (2003), *Historia del Rey Transparente* (2005), *Lágrimas en la lluvia* (2011), *La ridícula idea de no volver a verte* (2013), *El peligro*

de estar cuerda (2022), entre otras. Ha recibido numerosos galardones, como los premios de las Letras Españolas, el Miguel Delibes y el Candil de Oro.

Montero se suma a una larga lista de pensadores que han abordado las pasiones. Estas han sido, y son, objeto de reflexión para numerosos filósofos a lo largo de la historia. Desde Aristóteles hasta Nietzsche, cada uno de ellos ha abordado este concepto desde su perspectiva, ofreciendo diferentes puntos de vista sobre la naturaleza y el papel de las pasiones en la vida humana.

Para Aristóteles, las pasiones eran una parte integral de la experiencia humana y estaban relacionadas con la búsqueda de la felicidad. Según él, algunas pasiones podían ser virtuosas y contribuir al florecimiento humano, mientras que otras podían ser viciosas y conducir a comportamientos destructivos. Por eso, la práctica de la virtud era fundamental para tener un equilibrio saludable en relación con las pasiones.

Baruch Spinoza las abordó desde una perspectiva más racional y determinista. Según él, las pasiones son afectos que nos impulsan a actuar de ciertas maneras. El conocimiento y la comprensión adecuada de las pasiones eran esenciales para tener un mayor control sobre ellas y evitar que nos gobiernen irracionalmente.

David Hume, dentro de su filosofía empirista, las consideraba como impresiones y sentimientos distintos de las ideas, pues son determinantes en la toma de decisiones y en la moralidad. Hume argumentaba que nuestras acciones están impulsadas principalmente por las pasiones y que la razón tiene un papel limitado en la determinación de nuestras elecciones.

Nietzsche, por su parte, veía las pasiones como una expresión de la voluntad de poder. Según él, las pasiones son una parte esencial de nuestra naturaleza y deben ser entendidas y expresadas de manera saludable y creativa. Nietzsche instaba a las personas a abrazar sus pasiones y a canalizarlas en formas que les permitieran alcanzar su plenitud y realización personal.

Otras lecturas...

En forma, *Boquitas pintadas* de Manuel Puig y en contenido los libros *La confesión: género literario*, de María Zambrano; y el discurso *Universidad sin condición*, de Jacques Derrida, han contribuido notablemente en la presente tesis, es

decir, en este libro. También, *La ridícula idea de no volver a verte*, de la propia Rosa Montero, está presente.

Boquitas pintadas ha sido una influencia significativa en la estructura. Esta obra de Puig, que narra la historia de un amor trágico a través de una serie de cartas, diarios, recortes de periódicos y diálogos, introduce una narrativa fragmentada y polifónica que revela la complejidad de las relaciones humanas y la vida emocional de los personajes.

En *Tinta Rosa* se adopta un enfoque similar, utilizando diferentes voces, perspectivas y formatos para contar las historias de diversas parejas. Esta estructura permite capturar la multiplicidad de experiencias y emociones en las relaciones, y jugar con la tensión entre la realidad y la ficción. Al igual que Puig, se trató de explorar las interacciones humanas no de manera lineal, sino a través de retazos de vida, pequeños detalles y momentos significativos que, juntos, crean una visión más completa y matizada de las relaciones.

Además, *Boquitas pintadas* ofrece un ejemplo de cómo una narrativa fragmentada puede intensificar la sensación de intimidad y conexión con los personajes, al profundizar sus vidas entrelazando sus historias de amor con el contexto social y cultural que las rodea. Esto permite reforzar la intersección entre lo público y lo privado, lo dicho y lo no dicho, creando un tejido narrativo rico en significado y resonancia emocional.

Por su parte, el filósofo francés Jacques Derrida es conocido por su enfoque deconstructivista y su influencia en el campo de la filosofía y los estudios literarios. Derrida desarrolló una forma de análisis que se centró en cuestionar y desestabilizar las oposiciones binarias y las estructuras de poder en el lenguaje, la cultura y la filosofía. Esto, debido a que la deconstrucción es un proceso de análisis que busca desmantelar las estructuras de significado establecidas y mostrar cómo el lenguaje y el pensamiento están siempre llenos de contradicciones, suposiciones y ambigüedades (algo así como las relaciones). Derrida argumenta que ninguna palabra o concepto puede tener un significado fijo o definitivo, ya que siempre está en relación con otros términos y está sujeto a interpretación.

En relación con las pasiones, Derrida exploró cómo nuestras emociones y afectos influyen en la forma en que construimos y comprendemos el mundo. Sostuvo que las pasiones no son simplemente reacciones emocionales individuales, sino que están enraizadas en estructuras sociales y discursivas más amplias. Derrida también cuestionó la dicotomía tradicional entre razón y emoción, argumentando que las

emociones tienen un papel crucial en la formación de nuestras identidades y en la configuración de nuestras relaciones con los demás.

En su obra *El animal que luego estoy si(gui)endo*, Derrida aborda la relación entre los seres humanos y los animales, explorando cómo nuestras pasiones y afectos hacia los animales pueden revelar tensiones y contradicciones en nuestras concepciones de la humanidad y la ética. Sostiene que las pasiones hacia los animales desafían las estructuras de poder y dominación, y pueden abrir nuevas posibilidades de pensamiento y acción. Es así como plantea una visión compleja y crítica de las pasiones, cuestionando las dicotomías y las concepciones tradicionales. Su enfoque deconstructivista nos invita a reflexionar sobre cómo nuestras emociones y afectos están entrelazados con el lenguaje, la cultura y el poder, y cómo pueden abrir nuevas perspectivas en nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos.

“El derecho primordial de decirlo todo, aunque sea como ficción y experimentación del saber, y el derecho a decirlo públicamente, a publicarlo todo” (2002, 10). Este es el llamado público que hace Derrida en su discurso *Universidad sin condición*. Este sería su llamado sin condición a la academia y a la literatura que se produce en ella. Porque se denomina “literatura en el sentido europeo y moderno del término, como un derecho a decirlo todo públicamente, incluso a guardar un secreto, aunque sea en el fondo de la ficción” (2002, 15). Esta reflexión es la que me quitó el peso de una mochila que no cargaba libros, sino piedras. Pues lo íntimo puede hacerse público desde la ficción.

Hay que tener en claro la percepción entre lo público y lo privado. El propio Derrida continúa dando luces al respecto sobre esto. La distinción entre lo público y lo privado en su trabajo filosófico. Sin embargo, es importante tener en cuenta que Derrida no aborda estos conceptos de manera tradicional o binaria. En lugar de considerar lo público y lo privado como categorías opuestas y mutuamente excluyentes, examina cómo estas nociones se entrelazan y se influyen mutuamente. Así sostiene que la distinción entre lo público y lo privado es una construcción cultural y política que está sujeta a interpretación y cambio. Argumenta que las esferas pública y privada no son estáticas, sino que están en constante negociación y transformación a través de prácticas discursivas y estructuras de poder.

En su obra *Políticas de la amistad*, Derrida analiza la idea de la amistad y cómo se relaciona con las esferas pública y privada. Examina cómo las relaciones de amistad

pueden ser tanto personales como políticas, y cómo pueden desafiar las divisiones convencionales entre lo público y lo privado.

Para hablar de Zambrano iré a la segunda página de *La confesión*. Me centraré en la dedicatoria del ejemplar que leí. “Con mi corazón y tu chequera, esto que siempre has querido mi Bals hermoso”. Esto no es una dedicatoria. Esto es un rezo. Quizás, es más: puede ser una confesión. Con puño y letra Maritza escribe estas palabras al profesor Fernando Balseca, en abril 2007 como regalo de cumpleaños. El préstamo de un libro, que termina siendo de base para la escritura de una tesis, apela a los cimientos que dan paso a una confesión: la confianza, es decir, un acto de fe que implica complicidad.

Zambrano reflexiona sobre la importancia de la confesión como un acto de liberación y búsqueda de la verdad. Explora el papel de la confesión en la vida personal y social, y cómo puede contribuir a la reconciliación y al crecimiento espiritual. Esto le permite cimentar una metodología de trabajo en torno a la confesión.

“La confesión, al ser leída, obliga al lector a verificarla, le obliga a leerla dentro de sí mismo, cosa que el lector curioso no quiere por nada, pues él iba para mirar por una puerta entreabierta, para sorprender secretos ajenos, por una falta de precaución, y se encuentra con algo que le lleva a mirar su propia conciencia” (2004, 27). No se trata de la confesión en sí, se trata de cómo ese misterio develado conecta con el lector y le permite un juego de alteridad, una empatía. De ahí que lo que pese no sean los protagonistas de una confesión, sino la propia historia como motor de conexión del universo literario con la realidad del lector.

La confesión como género literario es una forma de expresión que implica revelar aspectos íntimos, personales y, a veces, incluso oscuros de la vida de un individuo. A través de la confesión, el autor se abre a sí mismo y al lector, compartiendo experiencias, pensamientos, emociones y reflexiones que pueden resultar reveladoras o incluso perturbadoras. La confesión literaria tiene sus raíces en la tradición de la autobiografía y la literatura confesional. A través de la escritura, el autor se convierte en protagonista y narrador de su propia historia, desvelando aspectos de su vida que pueden estar marcados por el dolor, el arrepentimiento, la búsqueda de la verdad o la redención.

Uno de los aspectos más fascinantes de la confesión como género literario es su naturaleza subjetiva. El autor se expone de manera vulnerable, asumiendo el riesgo de ser juzgado o cuestionado por los lectores. Sin embargo, esta vulnerabilidad también

puede ser liberadora, ya que permite al autor explorar y dar sentido a sus propias experiencias, enfrentar sus demonios internos y, en última instancia, buscar la reconciliación consigo mismo.

La confesión literaria no se limita a la narración de hechos o acontecimientos reales. A menudo, se entrelaza con elementos de ficción y se utiliza como una herramienta para explorar verdades más profundas y universales sobre la condición humana. A través de la confesión, el autor puede reflexionar sobre temas como el amor, la pérdida, la soledad, el sufrimiento, la identidad y la redención, invitando al lector a adentrarse en los recovecos de la mente y el corazón humano.

La confesión literaria también puede funcionar como una forma de catarsis tanto para el autor como para el lector. Al expresar los pensamientos y emociones más íntimos, el autor puede liberarse de cargas emocionales y encontrar una sensación de alivio o sanación. Al mismo tiempo, el lector puede encontrar consuelo o identificación en las experiencias compartidas, estableciendo una conexión empática con el autor y explorando su propia vida y emociones a través de la narrativa confesional.

Este ejercicio puede notarse en la propia Rosa Montero, quien en *La ridícula idea de no volver a verte* toma la historia de Marie Curie y se pone en sus zapatos para atravesar su propio duelo. Este libro es una mezcla de autobiografía, ensayo y reflexión filosófica en la que la autora indaga en el proceso de duelo tras la muerte de su esposo, el también escritor y periodista Pablo Lizcano.

Montero cuenta su experiencia personal de pérdida y nos invita a reflexionar sobre la naturaleza de la muerte, el amor y la búsqueda de sentido en medio del dolor. A través de una narrativa introspectiva y honesta, comparte sus emociones, pensamientos y recuerdos, creando así un espacio íntimo de conexión con el lector.

Uno de los aspectos destacados de esta obra es la forma en que Montero aborda la temática de la muerte. En lugar de caer en la desesperación y la tristeza absoluta, la autora busca encontrar un sentido en la pérdida y en la finitud de la existencia. A través de sus reflexiones filosóficas, cuestiona las convenciones sociales y las creencias establecidas sobre el duelo, y propone una visión más personal y liberadora del proceso de enfrentar la muerte de un ser querido.

Asimismo, Montero se adentra en el poder del recuerdo y la importancia de mantener viva la memoria de aquellos que ya no están físicamente presentes. A través de los recuerdos y anécdotas compartidos, la autora recrea la presencia de su esposo y

establece un diálogo con él, demostrando que el amor trasciende la muerte y que los seres queridos pueden seguir viviendo en nuestra memoria y en nuestras acciones.

Otro elemento para destacar es la interconexión entre lo personal y lo universal. A medida que Montero explora su propia experiencia de duelo, va entrelazando reflexiones sobre el amor, la vida y la muerte que son aplicables a cualquier persona que haya atravesado por una pérdida similar. De esta manera, la obra adquiere una dimensión más amplia, invitando al lector a reflexionar sobre su propia relación con la muerte y el significado de la existencia.

En cuanto al estilo literario, Montero utiliza un lenguaje fluido y cercano, que combina la emotividad con la reflexión filosófica. Su prosa es rica en metáforas y expresiones poéticas, lo que contribuye a transmitir la intensidad emocional de su experiencia y a cautivar al lector, algo que uno dentro de su finitud y limitaciones espera conseguir.

El amor

Con *Romeo y Julieta* se heredó el arquetipo de que amar es una tragedia. De hecho, si miramos a Occidente, amar al prójimo como a ti mismo puede representar una gran cruz. El amor, ese fenómeno humano tan complejo y multifacético, ha sido objeto de análisis y reflexión por parte de destacados filósofos a lo largo de la historia. Desde los escritos de Platón hasta las obras de Jean-Paul Sartre, se puede observar una diversidad de perspectivas sobre el tema, cada una aportando su visión única.

Platón, en *El Banquete*, presenta el concepto del “amor platónico”, una búsqueda de la belleza y la perfección trascendente que se encuentra más allá de los vínculos terrenales. El amor se convierte en un impulso para ascender hacia lo divino, trascendiendo lo meramente físico. Aristóteles, por su parte, realiza una distinción entre diferentes tipos de amor. Desde el amor filial y el amor amistoso hasta el amor romántico, Aristóteles comprende el amor como una fuerza que nos impulsa a establecer vínculos y a buscar la felicidad a través de las relaciones humanas.

San Agustín, un autor central en la obra de María Zambrano, en sus *Confesiones*, reflexiona sobre el amor como una fuerza motriz en la vida humana. Desde el amor a Dios hasta el amor hacia los demás, San Agustín explora la relación entre el amor y la búsqueda de significado y trascendencia. Sin embargo, no todos los filósofos tienen una visión idealizada del amor. Friedrich Nietzsche, por ejemplo, critica la concepción

tradicional de amor romántico, considerándola como una ilusión que nos distrae de la realidad y nos debilita. Para Nietzsche, el amor debe ser apasionado y expresión de nuestra individualidad y fuerza vital.

Kierkegaard, desde una perspectiva existencialista, examina el amor como una experiencia que involucra riesgo y responsabilidad. El amor auténtico requiere compromiso y reconocimiento de la libertad individual, lo que implica una confrontación con la angustia y la posibilidad del desengaño.

Jean-Paul Sartre, en su obra *El ser y la nada*, aborda el amor desde el prisma de la intersubjetividad y la libertad. El amor implica un reconocimiento del otro como un ser libre y una elección continua de compromiso y autenticidad en la relación.

La parodia como cómplice para ficcionar

Finales de 2008. El reconocido actor Joaquin Phoenix anuncia el fin de su carrera cinematográfica y comunica su deseo de convertirse en una estrella del hip-hop. Este periplo empieza a ser filmado el 16 de enero de 2009. Phoenix se mantuvo en el personaje durante sus apariciones en público, dando la impresión de que estaba realmente comenzando una nueva carrera. Aunque había fuertes sospechas de que se trataba de un falso documental, esto solo fue revelado una vez se estrenó el filme, cuando los responsables de este reconocieron que toda la trama era una farsa. Así nació *I'm Still here*.

Manteniendo el formato de la crónica alimentada por el periodismo narrativo, se busca contar las historias de estos personajes reales, quienes comparten sus experiencias, pero permiten falsear a las mismas. En puro estricto, no existe falsa crónica o noticia (*fake news*), desde el razonamiento de que si es falso no es noticia. Por esto el libro propuesto termina siendo una apuesta más por el relato, por una literatura híbrida, bajo la complicidad de personajes y el autor.

En este caso, la parodia de la propia realidad termina literaturizada. La parodia en la literatura es una técnica que consiste en imitar o exagerar de forma cómica o satírica el estilo, la temática, el lenguaje o los personajes de una obra literaria con la finalidad de ridiculizarla o criticarla. Esta puede tener un carácter burlesco, humorístico o irónico, y puede ser utilizada tanto para burlarse de obras populares como para criticar obras literarias serias o establecer nuevos parámetros de estilo. La parodia literaria ha sido utilizada desde la antigüedad. Una de las formas más conocidas de parodia literaria

es la sátira, que consiste en la ridiculización de ciertos aspectos de la sociedad o la política a través del humor y la ironía. Otras formas incluyen la farsa y la caricatura. En algunos casos, se utiliza para denunciar o criticar una obra o un género literario. En otros casos, para rendir homenaje a una obra o un autor mediante la imitación de su estilo y su temática. En este caso, dejemos que el lector, tras leer, parodie a su manera el libro. Yo solo me entretuve, escribiendo.

El chisme en lo literario

El chisme es una de las formas más primitivas de contar historias. Posee personajes, conflictos, giros y hasta moralejas implícitas. Aunque suele asociarse al ámbito de lo banal, comparte con la literatura un mismo deseo: narrar. Y qué mejor que narrar lo oculto, lo prohibido, lo que se dice por debajo de la mesa. En ese sentido, el chisme puede alimentar las ficciones literarias. Lo que comienza como un rumor puede terminar como novela. Al escritor le interesa el chisme no por su veracidad, sino por su potencia dramática.

En lo literario, el chisme funciona como un dispositivo narrativo que permite fisurar la versión oficial de los hechos. Muchos escritores lo utilizan como punto de partida para construir relatos que exploran lo íntimo, lo escandaloso o lo silenciado. Desde las cartas de Madame de Sévigné hasta la última novela del peruano Jaime Bayly, *Los genios* (que se centra en la enemistad y el famoso puñetazo de Vargas Llosa a García Márquez), el chisme aparece como un recurso estético para desestabilizar el canon, dar voz a los márgenes y captar la atención del lector con una mezcla de morbo y verdad. Al incorporarse en la literatura, el chisme deja de ser simple murmullo y se convierte en ficción.

A diferencia de otras tradiciones literarias donde el chisme ha sido incorporado abiertamente como recurso narrativo, en la literatura ecuatoriana no existe un antecedente explícito. Su tratamiento está en el ámbito mediático, especialmente en programas de farándula, donde se consolidó como espectáculo cotidiano desde finales de los noventa. Espacios televisivos como *¿Aló qué tal América?*, *Vamos con todo* o *De boca en boca* marcaron una época en la que la vida privada de figuras públicas se convirtió en contenido principal. Esta concentración del chisme en los medios ha hecho que la literatura, en general, lo observe con distancia o lo evite.

Tinta Rosa

Nota:

Todo lo dicho en este libro es verdad, porque es ficción.

Carta del Editor

Carta aparecida en el primer número correspondiente a diciembre de 2021 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador.

Queridos lectores de Tinta Rosa:

Bienvenidos a la primera edición de nuestra querida revista, donde la cultura y la vida se entrelazan en un tapiz vibrante y, a veces, descarado. En Tinta Rosa, nos movemos en los márgenes donde la alta cultura coquetea con la farándula, donde los grandes pensadores se encuentran con las estrellas del momento, y donde las historias más íntimas se revelan en una narrativa que fluye entre la crónica y el perfil.

Nos apasiona desenterrar esos momentos que otros podrían pasar por alto, y convertirlos en relatos que no solo informan, sino que entretienen y, por qué no, provocan. Desde entrevistas que desnudan el alma hasta crónicas que capturan el pulso de las calles, cada página de Tinta Rosa es una invitación a mirar la cultura desde un ángulo diferente: uno que celebra tanto lo sublime como lo mundano.

Este mes, nos adentramos en los rincones menos explorados de la escena cultural. Encontrarán perfiles de artistas que desafían las normas, entrevistas que destilan sinceridad, y crónicas que revelan el drama y la belleza de la vida cotidiana. Nuestro objetivo es simple: acercar la cultura a ustedes, nuestros lectores, con la misma pasión y curiosidad con la que la vivimos.

Gracias por acompañarnos en esta nueva aventura donde la tinta no solo narra, sino que pinta con tonos rosados los matices de la vida cultural.

¡Disfruten la lectura!

Gabriela Ponce y Esteban Mayorga

Nota aparecida en el número correspondiente a enero de 2022 en la sección Flechazos de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia la directora de teatro y escritora Gabriela Ponce y el escritor Esteban Mayorga.

Esta historia podría iniciar así:

Ella estaba tan ilusionada como Thalía o Adela Noriega en *Quinceañera*. Él, con su chaqueta de cuero, era todo un galán como John Travolta en *Grease*. Ambos estaban nerviosos. Ella tenía una hija y superaba una relación donde la custodia por los gatos fue una pelea de tigres. Él había perdido en todas las batallas en el campo del amor, pues tenía la misma puntería que un rifle de feria cuando disparaba sus sentimientos. Pero, en ese instante, sabían que cada corazón merece otra oportunidad.

La bola disco era una luna llena que, al girar, llenaba de estrellas el cielo falso del karaoke. “Ahí, le conquisté con el viejo truco del vamos a cantar”. “El man se puso a cantar Leonardo Favio: yo, encantada”. “También me salió bien Yellow de Coldplay”. “Yo soy más de la balada pop. Ponme un Timbiriche”. Y sonó Muriendo lento. Y, aunque había dos micrófonos sobre la mesa cargada de canguiles desperdigados, una jirafa de biela a medio tomar y unos vasos plásticos que evaporaban a la cebada, solo tomaron un micrófono. Sus dedos se rozaban mientras sus miradas no iban a la pantalla, sino que sus ojos se cruzaban y temblaban como gelatina. Si tú no estás, dame una razón, para no morir leeeeeento.

Ella no flotaba, más bien sentía que patinaba y que las ocho ruedas de sus patines sacaban chispas sobre la pista. Él dejó que el viento del aire acondicionado rompiera sus mejillas. Ese momento supieron que estaban destinados a vivir rápido lo que más pudieran juntos.

Y, si bien esto sería parte de su historia, todo comenzó así:

El 2015 fue un año marcado por las palabras. Un noviembre en el que Quito se vestía de literatura y donde dos trayectorias literarias se cruzaron, para nunca más separarse. Gabriela Ponce, con la energía de su primer libro de cuentos, *Antropofaguitas*, se encontraba en el centro de una noche dedicada a la celebración del verbo. Fue allí, entre los aplausos y las copas de vino, que conoció a Esteban Mayorga.

Gabriela había leído a Esteban antes, aunque él no lo supiera. Un cuento, parte de una antología publicada por *Diners*, había quedado incrustado en su memoria, como esas frases que se niegan a ser olvidadas. Cuando finalmente se encontraron, él le entregó *Moscow, Idaho*, su propia creación, y lo que siguió fue algo más que un simple intercambio de libros. Fue, en palabras de Gabriela, un “flechazo literario”. Mientras leía esas páginas, cada palabra, cada frase, la iba envolviendo, como si el papel cobrara vida y la atrapara en un enamoramiento literario del que no pudo ni quiso escapar.

Esteban, por su parte, había llegado a Quito con la misión de presentar su libro. Traía ejemplares para vender, pero el destino tenía otros planes. En medio del bullicio de la presentación, alguien mencionó una fiesta en las Torres de Almagro, en la casa de Lola, la madre de Gabriela. Esteban, acompañado de Cesar Chávez, decidió asistir. Lo que no sabía es que esa decisión marcaría el comienzo de una historia compartida, una que se tejió en esa noche de fiesta y complicidad.

Ella recuerda claramente cómo lo vio, cómo se quedó prendada de ese hombre sentado, a quien describió como “demasiado guapo”. Y Esteban, con una memoria afilada por el impacto del momento, recuerda exactamente lo que llevaba puesto Gabriela: una blusa roja sin mangas. Un detalle que, como todo en esta historia, se grabó en su mente como un signo inequívoco de que algo más que la literatura los había unido esa noche.

Lo que comenzó como un coqueteo inocente en una fiesta de escritores se transformó en una conexión profunda, un encuentro de almas literarias que se reconocieron en medio del caos de la vida cotidiana.

Desde el principio, la relación se planteaba como algo imposible. Él vivía en Estados Unidos, profesor en una universidad, mientras Gabriela estaba en Ecuador, con su hija, enraizada en la realidad cotidiana. La distancia parecía insalvable, pero el WhatsApp se convirtió en su puente, en su idioma común. Las conversaciones que iniciaron a través de la pantalla pronto se tornaron en algo más profundo: un intercambio prolongado, intenso y poético. Ella recuerda, casi con una risa en los labios, cómo los mensajes de Esteban la hacían reír, cómo la atrapaban con esa mezcla de humor y lirismo que parecía brotar sin esfuerzo de él. Su hija capturó en una foto un momento que lo dice todo: Gabriela, con *Moscow, Idaho* en manos, riendo, enamorándose de las palabras y del hombre que las escribía.

El primer encuentro fue inevitable. Esteban prometió viajar a Ecuador tres meses después de su primer contacto. Cuando por fin se vieron, la atracción que había surgido

entre letras y palabras se materializó en una noche que Gabriela aún atesora: un karaoke donde Esteban, borracho y feliz, cantó Leonardo Favio. “Me parecía que cantaba increíble”, recuerda Gabriela, aunque admite que nunca más lo ha vuelto a escuchar cantar. La magia de esa primera semana juntos selló algo entre ellos, algo que solo podía crecer con el tiempo.

El siguiente encuentro fue en Bogotá, en el Festival de Teatro Iberoamericano, y fue ahí donde la relación dio un nuevo giro. Era como si la distancia y el deseo de verse hubieran comprimido todo el tiempo y espacio en esos pocos días juntos. Compartieron obras de teatro, comidas, bebidas y largas caminatas por las calles colombianas, viviendo una suerte de luna de miel adelantada, una “huevada al revés”, como diría Esteban. Todo era barato, fácil, como si la ciudad misma conspirara para que esos encuentros fueran perfectos.

Esteban rememora aquellos días con una mezcla de nostalgia y ternura, consciente de que la intensidad de esos momentos estaba potenciada por la distancia que los separaba la mayor parte del tiempo. Los mensajes de WhatsApp se convertían en cartas, en versos, en confesiones que ella devoraba con avidez. “Eso podría ser un libro de poesía amorosa”, dice Gabriela, mientras recuerda cómo sus amigos bromeaban sobre su incapacidad para despegarse del celular. Pero, ¿cómo podría hacerlo? Cada mensaje, cada palabra, era una promesa de lo que vendría, un bonsái simbólico que Esteban le envió para la inauguración de Casa Mitómana, un bonsái limonero que ahora crece junto con ellos, plantado en el suelo de lo que construyeron juntos, primero en la distancia, y luego, con cada encuentro, en la realidad.

Cuando el calor comienza a trepar las paredes y los días se vuelven más largos, Esteban regresó a Ecuador con la intención de pasar junto a Gabriela. El plan pasar el verano: un horizonte de libertad en México, un tiempo que prometía ser una pausa en la distancia que los separaba. Pero entonces, en medio de paseos educativos con estudiantes gringos que programó Esteban, risas, y promesas al viento, todo cambió. “Nos embarazamos”, dice Esteban, como si el destino les hubiera jugado una carta inesperada. Y de pronto, la vida que había sido un vaivén de mensajes y encuentros esporádicos se transformó en algo más definitivo, en un proyecto de vida compartida.

Ella lo recuerda con una mezcla de asombro. “Era como si toda esa intensidad, esa vorágine en la que nos habíamos metido, se hubiera materializado en algo tangible, en una vida juntos”, reflexiona. Pero esa materialización no llegó sin sus desafíos.

Durante casi dos años, la idea de vivir juntos quedó suspendida en el aire, como un sueño que no terminaba de aterrizar. Él iba y venía, un nómada entre dos mundos, mientras Gabriela se enfrentaba al embarazo y a la crianza.

La convivencia, o más bien la no convivencia, fue una prueba para ambos. “Fue rápido, fue bestia”, confiesa Esteban, tratando de poner en palabras la mezcla de alegría y desconcierto que lo acompañó durante esos meses. “Nos conocíamos, pero al mismo tiempo, no nos conocíamos realmente. Y de repente estábamos ahí, preñados. Todo se aceleró de una manera que ninguno de los dos podía haber previsto”.

Mientras tanto, Gabriela, embarazada y recién contratada en la universidad, lidiaba con la presión de un trabajo a tiempo completo y un proyecto teatral que había ganado una convocatoria. “Era una locura”, dice, recordando esos días en los que todo parecía colapsar y expandirse al mismo tiempo. Dos vidas que intentaban unirse, pero que seguían paralelas, a la espera de un futuro que se perfilaba incierto, pero que, a pesar de todo, los mantenía unidos, resistiendo la distancia y los desafíos con la convicción de que lo que habían comenzado tenía que continuar, de alguna manera, a pesar de todo. “Fue una época loca”, admite, recordando cómo entre la emoción del embarazo y la frustración de la distancia, lograron mantenerse unidos a pesar de todo. “La convivencia se fue aplazando”, dice Esteban, “hasta que por fin encontramos la manera de estar juntos”.

Los recuerdos se mezclan entre viajes que debían ser idílicos y terminaron en fiascos, como aquella vez en México, con Gabriela sufriendo las náuseas del embarazo y una discoteca que no los dejó dormir en toda la noche. “Fue horrible”, confiesa ella, aunque con el tiempo han aprendido a reírse de esos momentos que en su momento parecían insuperables.

En medio de todo, han construido sus propias tradiciones. Las gomitas de marihuana, los paseos en moto, los desayunos largos. Celebran el día en que se conocieron más que el de su boda, un matrimonio que fue más trámite que otra cosa, pero que ahora encierra rituales y pequeños placeres compartidos. La música, a pesar de las diferencias, también se convirtió en un punto de encuentro: entre el pop kitsch de Daniela Romo y las notas electrónicas que encantan a Esteban, han encontrado canciones que son suyas, pequeñas bandas sonoras de una vida que sigue escribiéndose a diario.

“He aprendido a esperar”, dice Esteban, quien alguna vez estuvo demasiado enfocado en resolverlo todo al instante, y que gracias a ella ha entendido que a veces hay que dejar que el tiempo haga su trabajo. “Nos leíamos poemas cuando estaba

embarazada”, recuerda Gabriela, con nostalgia por esos momentos que se han ido desvaneciendo con el tiempo, pero que siguen siendo parte del tejido de su relación.

Así es como, entre poemas compartidos y canciones que se quedan en el aire, Gabriela y Esteban siguen escribiendo su historia. Una historia que comenzó en una noche cualquiera, con libros en la mano y una fiesta que no prometía nada, pero que, como tantas veces ocurre, terminó por cambiarlo todo.

Carta inédita de Simón Bolívar a Manuela Sáenz

Carta transcrita en el número correspondiente a febrero de 2022 en la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Se trata de una reproducción de un hallazgo de la escritora Lupe Rumazo, quien halló la misiva en uno de los archivos de su padre, Alfonso Rumazo González.

Cuartel General en Caracas, 15 de abril de 1827

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

En esta noche que parece interminable, con el ruido lejano de los tambores y el eco del viento que susurra tu nombre en cada rincón de mi alma, me siento obligado a escribirte, a derramar en estas líneas el ardor que siento por ti, que no se apaga ni con la furia de la guerra ni con las distancias que el destino nos impone.

Manuelita, mi querida Libertadora del Libertador, en cada batalla que enfrento, eres tú quien guía mi espada, tú, con tu fuerza indomable, tu valentía que supera a la de los hombres que me rodean. Eres mi luz en este mar de tinieblas, la razón por la que lucho no solo por la libertad de los pueblos, sino por el futuro que sueño a tu lado.

Hoy más que nunca, siento el peso de los años y de las luchas. Mi cuerpo se resiente, pero mi espíritu se renueva al pensar en ti, en tu risa que desafía al destino, en tus ojos que arden con la misma pasión con la que abrazas nuestras causas y nuestro amor. Te siento tan cerca, Manuela, como si cada latido de mi corazón fuera una llamada a tu pecho, pidiéndote que no me olvides, que no dejes de ser mi compañera en este camino que hemos trazado juntos.

No hay noche en que no sueñe con el calor de tus labios, con el refugio de tu abrazo, donde encuentro paz en medio del caos que nos rodea. Eres la única patria a la que siempre quiero regresar, la única bandera que quiero alzar, porque en ti encuentro lo que ninguna victoria en el campo de batalla puede darme: la certeza de que soy amado, no por lo que represento, sino por el hombre que soy cuando estoy contigo.

Mi querida Manuelita, si la muerte llegase a mí antes de volver a sentir el calor de tus manos, quiero que sepas que mi último pensamiento será para ti. Serás tú la última imagen en mi mente, la última llama que se apague en mi corazón, porque en esta vida no hay nada que haya amado más que a ti. No habrá gloria en la historia, ni estatua erigida en mi nombre que pueda compararse con el honor de haber sido tu amante, tu compañero, tu Bolívar.

Te amo, Manuelita. Con el fuego de mil soles, con la devoción que un soldado tiene por su bandera, con la desesperación de quien sabe que el tiempo es su enemigo y, aun así, lucha por cada segundo que le permita volver a tus brazos.

Siempre tuyo,

Simón

Fabiola Pazmiño y Alex Alvear

Nota aparecida en el número correspondiente a marzo de 2022 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia el músico Alex Alvear y Fabiola Pazmiño, productora del Teatro Nacional Sucre.

Alex Alvear es un rockstar. Sus gafas son como las de Bono. Su facha es como la de Bruce Springsteen. Y tiene la melena de Robert Plant. Una melena que le hace lucir como un león dentro y fuera del escenario. Cuando ruga de una se sabe que es el rey de la selva del sonido en Ecuador. Fabiola Pazmiño es alta como un secoya colorado. Tiene una elegancia y frescura al vestir que, sin duda, Meryl Streep la pondría de ejemplo como el buen gusto en *El diablo viste a la moda*. Ellos están juntos durante nueve años, desde 2015.

Su relación comenzó de una manera inesperada y algo accidentada. Fabiola ya conocía a Alex antes de que se cruzaran en el ámbito profesional, pero no era particularmente fanática. Su primer encuentro significativo fue en el Teatro Nacional Sucre, donde ella trabaja. Intentó coordinar con él su participación en un evento. Sin embargo, la primera impresión fue negativa. Él, acostumbrado a los acuerdos verbales en las gestiones artísticas en Nueva York, no entendía bien el proceso burocrático local y, sin querer, dio la impresión de ser un hombre arrogante. Fabiola subió entonces a su oficina, molesta por el encuentro, y expresó su frustración con su amiga Luisa Seif, quien le aseguró que en realidad era una buena persona.

Fabiola y Alex coincidieron en un viaje a Medellín para participar en el Circulart, donde finalmente tuvieron la oportunidad de conocerse mejor. A pesar de que él, en su natural despiste, no recordaba haberla conocido previamente, comenzó a mostrar interés por ella, lo que la desconcertó. Durante su estadía por Colombia, compartieron momentos juntos y, aunque Alex intentó convencerla de quedarse un día más en la ciudad ofreciéndose a pagar el cambio de su vuelo, el alto costo lo hizo desistir. La relación entre ambos floreció a través de largas conversaciones por chat.

El músico admite ser torpe en sus relaciones, lo que inicialmente llevó a Fabiola a pensar que él no estaba interesado en ella. Este malentendido se exacerbó cuando se reencontraron en Quito para el festival Verano de las Artes. Alex, frustrado por problemas técnicos durante la prueba de sonido y convencido de que ella no tenía interés, tuvo un

comportamiento distante. Pero, un consejo de su amigo Ivis Flies lo motivó a seguir sus sentimientos.

Estaban en las pruebas de sonido, y nada parecía salir bien. Las notas se perdían en el aire, como si el escenario se resistiera a colaborar. La frustración era palpable, y Alex, autoflagelándose porque creía que su chica no quería nada, empezaba a sentir el peso de la presión. Fue grosero. Le dijo que todo suena como el orto. Se convirtió en una tortuga que se metió en su caparazón. Ahí, tan cerca y tan lejos, Ivis le encaró: si te interesa la Suca, anda y abrázale sin decirle nada: solo abrázala. Sin pensarlo dos veces, se acercó y la apretó como una boa a su presa, con mucha fuerza, como si quisiera transmitirle todo su amor. Fue un abrazo que no solo lo reconfortó, sino que le devolvió la energía y la claridad que necesitaba. En ese instante, algo cambió. Como si ese simple contacto hubiera alineado todos los elementos a su favor, la música comenzó a fluir con una fuerza renovada.

Ese abrazo se convirtió en el punto de partida, que hasta ahora no tiene punto final. Lo que había comenzado como un desafío técnico se transformó en una experiencia inolvidable. Con cada acorde, Alex sentía la energía de Fabiola a su lado, y fue esa conexión lo que lo impulsó a dar lo mejor de sí en el escenario. El concierto que siguió fue una explosión de pasión y talento, dejando en claro que, a veces, es el amor lo que hace que la música realmente cobre vida.

Desde entonces, han aprendido a convivir y a apoyarse mutuamente en sus respectivas carreras. Fabiola, como productora, ha encontrado un desafío en equilibrar su relación con un músico que experimenta altos y bajos emocionales. A pesar de los conflictos, han logrado crecer juntos, superando las dificultades y aprendiendo a resolver sus diferencias de manera más saludable.

El amor entre ambos es un espacio donde el tiempo parece haberse detenido y, al mismo tiempo, acelerado en su profundidad. Para ella, el estar juntos ha sido un proceso de maduración y crecimiento constante. “Estar cerca de diez años ya te vuelve claramente una persona diferente de la que eras antes”, sostiene con una certeza que solo el tiempo puede dar. La diferencia de edad entre ambos ha sido una danza en la que, mientras uno avanza, el otro retrocede, encontrándose siempre en un punto intermedio donde ambos han aprendido a sobrellevar el mundo juntos.

“Lo que estoy aprendiendo con el Alex siempre es precisamente la necesidad de un aprendizaje constante”, reflexiona Fabiola, destacando cómo la cotidianidad ha

revelado en ella una admiración profunda por él. Ha aprendido a verlo más allá de lo superficial, a solidarizarse con su lucha en un sector precarizado, a amarlo desde un lugar activista, buscando siempre mejorar las condiciones del mundo para que artistas como Alex puedan vivir dignamente. “Es un tipo bueno, realmente no tiene maldad ni malicia en su corazón y es extremadamente generoso”, dice con una voz que revela un amor que se ha solidificado en la admiración, y que se percibe en cada palabra. Para ella, no es solo un músico excepcional, sino un ser humano cuya energía y pasión han transformado su vida.

Por su parte, Alex habla de Fabiola con la reverencia de quien ha encontrado en ella una maestra en el arte de vivir. “De la Suca he aprendido un montón del lado afectivo”, confiesa, admitiendo que sus herramientas para navegar en el mundo de las emociones eran básicas antes de conocerla. Fabiola ha sido su guía en el proceso de mirar hacia adentro, de confrontar ese “lado oscuro” que, a veces, se desencadena en él. “Tiene una capacidad analítica que me ha ayudado muchísimo a ser más consciente de la existencia de eso, a analizarlo, asumirlo y ponerlo en la mesa”, dice, reconociendo que su amor ha sido un salvavidas, una forma de darle sentido a lo irracional.

Pero más allá de lo personal, él ha encontrado una empatía sin igual. “Es la persona más empática que he conocido en mi vida”, afirma, maravillado por su capacidad de conectarse con los demás a un nivel tan profundo que trasciende lo cotidiano. Fabiola no solo se conecta, sino que también actúa, con una ‘capacidad zen’ que, según él, siempre lo guía por el camino correcto. En un mundo donde lo artístico a menudo puede ser solitario y encerrado, Fabiola es su cable a tierra, la que le recuerda lo que realmente importa cuando sus composiciones se desvían hacia lo comercial o superficial.

Han tejido una vida sin adornos, sin las ceremonias ni rituales que otros podrían considerar indispensables. No celebran aniversarios ni se pierden en grandes gestos. No hay mayores efemérides en sus aniversarios. Sin embargo, en la sencillez de su convivencia, Alex ha incorporado un pequeño acto de ternura: un abrazo de 20 segundos, un instante en el que ambos se conectan más allá de las palabras. Pero como cuenta, Fabiola suele romper el momento con una risa contagiosa, desdramatizando la solemnidad con la que él intenta envolver esos segundos. Para él, convivir con Fabiola ha sido una experiencia de transformación constante, una metamorfosis en la que los aspectos más íntimos y afectivos de su relación se han redefinido. No es cuestión de medias naranjas ni almas gemelas, sino de una complementariedad única. “Me cacha

mejor que yo mismo”, dice reconociendo que ella ha sido clave en su proceso de crecimiento personal, ayudándole a ser más consciente, a reflexionar antes de actuar, a aterrizar sus emociones antes de que se desborden.

En su cotidianidad, sus vidas corren en paralelo. Fabiola se levanta temprano, y desde el primer sonido del despertador, su teléfono se llena de mensajes, de tareas que cumplir. Su día es un torbellino de actividad, mientras Alex, en sus propias palabras, encuentra felicidad en esos destellos de locura que ella trae a su vida. Fabiola es una rocola humana, una enciclopedia viviente de canciones que escucha en la radio, en un taxi, o en cualquier lugar. “Se sabe todas las canciones y las letras”, cuenta un Alex fascinado. A veces, mientras él aún está desperezándose, Fabiola comienza a tararear una melodía desconocida, y cuando él le pregunta de dónde salió, ella sonríe y le muestra en YouTube la canción original. Esos momentos, tan simples y aparentemente insignificantes, son los que iluminan su día.

Para la productora, la música es una parte intrínseca de su amor. No tienen una canción en particular, pero ella se dedica a reescribir las letras de las canciones de Alex, convirtiéndolas en declaraciones de amor ridículamente tiernas que le canta a lo largo del día. “Es nuestra banda sonora”, canta las plenas Fabiola, explicando que esas pequeñas intervenciones musicales son parte del tejido de su relación.

Viajar juntos es otra de sus pequeñas grandes alegrías. Aunque tienen un amor especial por Medellín, donde comenzó su romance, y Papallacta, su lugar de reconciliación. Y, lo que realmente disfrutan es la libertad de viajar sin agenda, sin horarios estrictos. “Llegamos y a donde nos lleve la brisa”, comparte Alex. Es un tipo de viaje en el que se reconectan, en el que encuentran refugio en su pequeño universo compartido, lejos del mundo, pero siempre juntos.

Más allá de los viajes y la música, lo que los mantiene unidos es un sentido del humor básico, casi infantil, que les permite reírse de todo y de nada. En esos momentos, cuando sus ojos se encuentran y están en la misma frecuencia, él se siente completamente conectado con Fabiola. Es una complicidad que trasciende palabras y que, como todo lo demás en su relación, se basa en la simplicidad y en la autenticidad de compartir una vida juntos. Una vida en la que han aprendido a verse a través de los ojos del otro, encontrando en esa mirada una versión de sí mismos que, quizás, nunca habrían descubierto en soledad. Es un amor que se forja en la admiración mutua, en el aprendizaje constante, y en la capacidad de enfrentarse al mundo con una fuerza que solo el otro puede otorgarle.

Cuando la ira vence a la ternura

Extracto de artículo no publicado en la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Tras la reportería, que incluyó las respectivas entrevistas a la familia y allegados, fue prohibida por parte de los familiares de uno de los involucrados.

Siempre se busca la historia de un amor como no hay otro igual. Lo cierto es que el amor hace y deshace. Al contrario del arte, parecería que no está hecho para perdurar. Por lo menos esa es la historia de aquel hombre que supo en los lienzos expresar la ternura, la tristeza y la ira de su pueblo, y de aquella mujer indefinible por su multifacética vida cultural. La memoria del hombre no solo perdura en una vasija de barro, sino que vive en una llama viva que no se apaga en una capilla ardiente que es la catedral de su obra. La memoria de la mujer está más próxima al humo de los cientos de cigarrillos que fumó y que consumieron con voracidad sus pulmones, aunque otras cosas se consumieron con mayor voracidad. Hay que recordar que un pequeño fósforo es capaz de incendiar todo un bosque, no se diga si la chispa adecuada está acompañada de gasolina. Pero, mejor, ejemplifiquemos. Imagine lector que su pareja llega desde Francia y que, obviamente, ante el recargo por el peso de los enseres resulta una labor titánica y carísima traer todas las pertenencias, por lo que selecciona los objetos de mayor significancia, esos donde predomina la materia pero que, por extrañas razones místicas, encierran el espíritu de nuestros seres queridos. Digamos, con el mayor esfuerzo traemos los muebles que pertenecían a mamá, y con estos la sentimos más de cerca que la propia foto que llevamos en la billetera (aunque vale la pena recordar que no siempre lo que encontramos en nuestros propios bolsillos nos pertenece). Ahora, una vez visualizadas la pertenencia y la querencia, volvamos a los personajes de nuestra historia. Ella decide dejar al pintor. El pintor, mientras ella empaca, saca al patio los muebles de la mujer y los quema... ese fuego, pese a que existe, está hecho humo en su catedral.

El restaurador y la diseñadora

Nota aparecida en el número correspondiente a abril de 2022 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Quienes brindan su testimonio lo han compartido bajo la discreción del anonimato. Por este motivo, se encuentra en la sección Te lo cuento, pero en chiquis.

Como si fueran personajes de Julio Cortázar, ambos iban sin buscarse, sabiendo que iban a encontrarse. Fue un miércoles ya no cualquiera, porque fueron como imán y hierro. Un miércoles no tan de miércoles, por así decirlo. Parecía una velada de fiebre de sábado por la noche, pero como era entre semana, no se bailaba. Se jugaba al fútbol. En La Bombonerita se reunían mujeres y hombres de distintas edades. Armaban partidos mixtos. Tras el primer gol, todos seguían con sus camisetas. Eso sí, el juego de igual a igual. Había equilibrio en el horizonte de césped sintético. Él y ella eran dos almas rotas y querían sellar el ancho de su dolor: ya era tiempo después de haber sufrido primero. Él era un diez nato, podía esquivar patadas, gambetear a diestra y siniestra y con éxito había driblado al matrimonio, lo que le terminó costando su última relación. Ella era de entrega total. Su pequeña estatura la compensaba con rapidez y tenacidad. Podía ir al arco y aguantar los misiles, una vez que el balón era un misil.

Ser rivales los puso frente a frente. Sus miradas, al inicio, eran ráfagas. Pasados los minutos el encuentro de sus ojos se congelaba en el tiempo, como cuando ponchas una imagen en el VAR. La pelota iba y venía, las sonrisas también. Buscaba marcar un gol y terminó fusilando a la arquera. Ella aguantó el misil y fingió calma, aunque una huella redonda roja estaba impresa en su estómago. Él se agachó para disculparse y levantarla. Ella pensaba que no le molestaría si le besaba la panza. El tercer tiempo incluía cervezas. Se brindaba por el triunfo, el empate o la derrota. Él se acercó con cautela. La pantera de la cancha pisaba como gato en el tejado. No quería un autogol. Ella sabía que él se aproximaba y esta vez fingía demencia y se hacía la indiferente ante su llegada. Quedaron en verse el sábado. Ambos esperaban una velada de fiebre por la noche.

Vino el sábado con un leve beso, algo así como poner los labios en una copa que se evade. Vino el miércoles y hubo más sonrisas entrecruzadas, más ráfagas de miradas y menos balonazos. Vino el viernes y llegaron los recuerdos del pasado. Una cervecería artesanal se convirtió en un confesionario. Él le habló de sus parrandas y su última

relación. Una rubia que reclamaba estabilidad, familia, casa, matrimonio: sentar cabeza más allá de corazones. Ella había cortado con un economista punkero que ya no era igual, que ya no iba por la cancha ni por el bar de Fabián. Él le dijo que despacio, que quien corre, tropieza. Ella le respondió que aún tenía una llaga en su pecho por el pogo que le bailó su anterior pareja.

Tras otro partido de fútbol, donde juntos se veían como un algodón de azúcar y ya los compañeros notaban la atmósfera de *love is in the air*, quedaron en verse el sábado al mediodía para ver la exposición de Yoko Ono en el Centro Histórico de Quito. Ella había planeado un encuentro que incluía unos platos típicos en el Tiánguez de San Francisco y tomar un ponche con alguna pasta de dulce en el Café Modelo. A él le hacía ilusión llevarle al Museo Camilo Egas para enseñarle el porqué este pintor le parecía el mejor representante del indigenismo y superaba a Guayasamín. También, si había tiempo, quería llevarle al Museo Muñoz Mariño. Quería llegar a este lugar porque había pensado hasta el piropo de la jornada: “En tus ojos hay más transparencia que en cualquiera de estas acuarelas”. Pero nada de esto pasó. Ella fue puntual a la cita con su peluquera y aprovechó para pintarse hasta las uñas de los pies. Él, mientras, estaba dormido en uno de los estacionamientos del parque de La Carolina tras una faena que incluyó la mezcla más endemoniada de licores: de la cerveza al gin, de ahí al vodka, después al ron, unos tequilas, varios *shots* aguardiente hasta llegar a la caña manaba. Ni siquiera el viagra de El Gato, aquella sopa a base de maní similar a un acuario por la cantidad de mariscos que lleva, pudo reanimarlo. Esa mañana ella lucía como una novia sin boda ni arroz y el novio, aunque no lo agarraron entre mucho más que dos, jamás arribó. Ella se juró que no lo volvería a ver. Él se prometió que la próxima bebería menos. Ella no contestaba sus mensajes y el WhatsApp tenía solo dos vistos azules sino miles.

Un nuevo miércoles. Sus ojos se prendían como una antorcha. Él, con sus ojos felinos, se asemejaba al gatito de Sherk. A ella le hicieron una docena de goles, así que no importó todas las veces que el falló frente al arco. Ella no se quedaría al tercer tiempo. Él la persiguió hasta el parqueadero. Y, ante el primer reclamo, le selló los labios con un beso que hubiese despertado a la mismísima Blancanieves.

Al mes viajaron a México. Recorrieron museos por el DF y comían todo tipo de tacos. Disfrutaban de luchas libres underground y del aroma de los mercados. Navegaron por Xochimilco y se sentían como unos amantes en Venecia. Ascendieron por Teotihuacán y parecía que tocaban el cielo. Se bañaron en Acapulco, mientras recordaban

el capítulo de El Chavo del Ocho en aquella playa. Él miraba la Quebrada y sabía que estaba clavado en esa mujer. Ella, tan solo, dejó de fingir demencia.

Regresaron a Quito y se fueron a vivir a una quinta a las afueras de la ciudad, que había pertenecido al artista Estuardo Maldonado. Recorrían cada rincón imaginando cómo la habitaba su anterior dueño. Algunas piezas arqueológicas fueron heredadas por olvido y ellos supieron ubicarlas en armonía entre sus pertenencias. Ella seguía trazando sueños de otros en su computadora. Él continuaba reparando la memoria del pasado. Saltaron de una relación amorosa a una profesional. Los montajes museográficos que le encargaban contaban ahora con un diseño más femenino, las formas tenían el volumen de las Venus de Valdivia y la cadencia de las Tolitas: para eso también habían servido aquellas figuras precolombinas.

Los partidos de fútbol se pusieron a dieta. De una semana pasaron a cada quincena, y de ahí a uno por mes hasta ser una especie de fósil como los de las exposiciones en las que trabajaban. Ya no se les veía por la cancha. Pedían disculpas a sus compañeros de batallas deportivas, y se autojustificaban seguros de que pronto los verían. Cayó la peste pandémica y vivieron el encierro juntos. Las primeras peleas saltaron, todo producto de las pequeñas delicias de la vida conyugal. Sortearon los problemas sembrando su propio huerto. Caminaban por el amplio terreno o correteaban junto a sus tres perros. Instalaron un pequeño taller de carpintería. Miraban películas proyectadas en la pared de la sala. Muchas veces las escenas se perdían ante la sombra de sus cuerpos, gracias a que el fuego de la chimenea reflejaba la pasión que los roía.

Conversaron alguna vez de tener hijos, algo que veían lejano. La cosa es que fue un encuentro más cercano de lo previsto. Venía el encargo y no se aceptaban devoluciones. Todas las mañanas se sentaba a tomar el sol. Le encantaba que los rayos le lleguen a sus pies descalzos y a su panza de sueños blancos. Todas las noches realizaban las cuentas y planificaban como exprimir hasta el último centavo de sus ahorros. Si bien sus primeras consultas las hicieron por un Zoom anatómico y después iban cada mes al ginecólogo, acordaron no tener un parto tradicional y anhelaban que una cesárea no toque la puerta del destino. Optaron por una partera para que ella recibiera a la niña que concibieron.

La bebé fue picada por escorpio y nació una madrugada sofocante de noviembre, algo raro para ser invierno. La quinta se transformó en un santuario de vida. Las paredes restauradas contenían el aliento de ella cuando empezaron las contracciones. La partera,

una sabia matrona de tres generaciones, junto a una joven doula hippie se mudaron con ellos durante el último mes de embarazo. Ese día prepararon con calma los paños de lino y el agua caliente, para cumplir al pie de la letra un ritual ancestral.

La respiración de ella se volvía más pesada, y sus gemidos rompían el silencio como un maullido en la oscuridad. A su lado, él, con los ojos brillantes de ansiedad, sostenía su mano, sintiendo en cada apretón la proximidad de su hija. En el cuarto se impregnaba un aroma de vainilla. Los muros, abarrotados de recuerdos, se transformaron en una tribuna, pues los retratos se inclinaban a presenciar el evento.

El reloj marcaba las cinco y sabían que llegaba el final del cotejo. Con un último grito desgarrador, ella sintió un torrente de alivio. El llanto de una nueva vida invadió la habitación, quebrando la quietud del amanecer. La partera, con manos firmes y ojos acuosos, recibió a la recién nacida con la destreza de quien ha visto nacer a muchos, pero sin dejar de asombrarse ante el misterio de la vida. Él era un péndulo entre lo incrédulo y lo abrumado. Iba de lado a lado sin dejar de ver a su niña con una ternura desconocida. Sabía que desde ese instante dejaba de ser inmortal, pero no le importó.

El sol comenzaba a despuntar en el horizonte, y los primeros rayos de luz acariciaban la escena, como si el universo quisiera ser partícipe de la bienvenida.

Ahogado

Poema aparecido en el número correspondiente a agosto de 2022 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. El poema es uno de los registrados en la sección Versos libres, cuyo espacio está destinado para que los lectores envíen sus escritos. Este fue firmado bajo el seudónimo Julio Hermosa.

Él soñaba con nadar junto a ella.
Le parecía una sirena que abandonó las aletas
por unas piernas más peligrosas
que una pista de fórmula uno.

Quería amarla.

Poseerla.

Hundir su nariz en el pelo negro de aquella sirena.
Recorrerlo con los labios hasta las puntas que llegaban a la cintura.
Lamer ese cerquillo sesentero que con el viento sonaba a los Beatles.

Él quería que todo sonara a She loves you... pero el cabello rebelde decía Good bye.

La odiaba por eso...

y regresaba a su reino de gatos, en busca de su gatita para pasar horas malditas...

María Elena López y Roberto Sánchez

Nota aparecida en el número correspondiente a septiembre de 2022 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia la actriz María Elena López y el actor Roberto Sánchez, dramaturgos fundadores del Teatro Ojo de Agua.

Hace treinta años, Roberto y María Elena cruzaron caminos por primera vez. Fue en un grupo de teatro dirigido por Germán Viteri, una excusa más para encontrarse en ese eterno juego de buscar y encontrar algo, cualquier cosa, en el mundo. No fue un encuentro de aquellos que cambian vidas de inmediato, sino más bien una coincidencia casi forzada, como si el destino hubiera decidido que aún no era el momento de nada. María Elena estaba allí porque su pareja de entonces la había empujado a unirse, sin imaginar que el teatro, algo que jamás había considerado, se convertiría en su vida. Roberto, por su parte, llegó buscando una razón de vivir la vida, de decir algo en el escenario que resonara más allá de las paredes de una sala.

Él recuerda esos primeros días con humor, consciente de que su presencia no fue precisamente bien recibida. “Es que creo que no le caía porque haciendo los ejercicios le pisaba bastante”, comenta riendo. María Elena no disimula su desdén inicial, pero la memoria es selectiva y el tiempo diluye las antipatías. Con el tiempo, el grupo se consolidó, se formaron vínculos y se establecieron dinámicas que iban mucho más allá del teatro. El arte fue solo el pretexto, porque lo que realmente los unió fue la política, la militancia. Ambos venían de un pasado marcado por la izquierda, por esa lucha que en los años noventa era más una necesidad visceral que una elección consciente.

La historia de su relación es tan teatral como el grupo en el que se conocieron. Dos personas con parejas estables, inmersos en un ambiente cargado de política y resistencia, encontraron en el otro una chispa adecuada que los llevó a transgredir, a cuestionar no solo el mundo exterior, sino también el interior. Era un tiempo en que la moral y el machismo reinaban, incluso entre los supuestos progresistas, y fue en medio de ese conservadurismo disfrazado de rebeldía que Roberto y María Elena comenzaron a ver en el otro una visión compartida, una necesidad de ir más allá de lo que estaba permitido.

Ella se enamoró de Roberto no por su apariencia ni por su carácter, sino por sus ideas. “Fue la primera vez que oía a alguien que tenía una posición chévere, progresista”, recuerda, todavía con la sorpresa en la voz de quien ha encontrado algo precioso en un lugar inesperado. Él también encontró algo que trascendía lo políticamente correcto, algo que desafiaba las normas y le hablaba de un mundo más allá de lo que conocía. Fue un encuentro de mentes, una colisión de ideales que, con el tiempo, se convirtió en amor. Un amor que, como el teatro, no se conforma con lo que es, sino que busca siempre lo que podría ser.

Roberto se recuesta en la silla, la mirada fija en algún punto perdido, como si al revisar los recuerdos caminara sobre veredas de la memoria. “Seguir juntos a pesar de todo... No porque entre los dos no haya habido problemas grandes, que siempre los hay. Pero cuando estuvimos juntos al principio, nadie lo entendió, nadie lo aceptó. Éramos un grupo tan cerrado, con una lírica que vivía en una burbuja entre Borges y Galeano, pero nosotros nos sentíamos más a lo William Burroughs y Jack Kerouac, a lo Bukowski”.

Mientras sigue recordando: “Éramos jóvenes, revolucionarios de salón, atrapados en una militancia de izquierda que ya en ese entonces estaba desfasada. Y claro, cuando nos encontramos, no fue un choque, fue una explosión. Ella estaba casada, y cuando se separó para estar conmigo, todo nuestro entorno se vino abajo. Los compañeros y compañeras, en lugar de apoyarnos, se convirtieron en una especie de tribunal inquisidor. Nos querían fregar la paciencia, meterse en nuestras vidas, opinar, juzgar”.

María Elena lo escucha, con esa media sonrisa que guarda para los recuerdos compartidos. “Nos decían la familia caracol”, añade ella, “porque íbamos de casa en casa, cargando mochilas llenas de libros y fotocopias. No teníamos nada, ni para comer a veces. Vivimos en casas prestadas por amigos, saltando de un lugar a otro hasta que por fin logramos arrendar un departamento. Y ahí, entre adoquines y un colchón, con afiches y libros apilados como mobiliario, empezamos a construir nuestra vida juntos. Todo lo hicimos desde cero, cuestionando cada cosa, cada paso, porque nada podía ser convencional”.

Roberto asiente, recordando esos días. “Lo más difícil ha sido siempre enfrentarnos a lo que se espera de nosotros desde afuera. Nunca quisimos seguir el camino fácil, ni en el teatro ni en la vida. Decidimos hacer teatro, sí, pero no el comercial, no el que la gente consume para entretenerse sin más. Nos fuimos por el teatro independiente, el que nos permitía decir algo, ser algo más que actores. Y eso significó vivir siempre al

borde, sin la seguridad de un trabajo fijo, sin cumplir con lo que nuestras familias esperaban. Hasta ahora, muchos aún esperan que dejemos de ser unos desempleados, que consigamos un trabajo 'de verdad'. Es chistoso, pero también frustrante. A veces la cotidianidad se hace pesada, porque ser independiente, ser libre, también implica cargar con esa incertidumbre constante”.

María Elena lo mira y sonrío. “Pero a pesar de todo, aquí estamos. Seguimos juntos, construyendo nuestro propio camino, a nuestra manera”.

Así, el escenario de la vida de Roberto y María Elena ha sido tan cambiante como su propuesta artística. Lo que comenzó como un encuentro profesional y activista se transformó en una travesía compartida que desafía las nociones convencionales del espacio y la estabilidad. Juntos, abandonaron sus proyectos individuales para dar vida a uno propio: el Teatro Ojo de Agua.

Desde 1998, este dúo se ha desplazado como una corriente subterránea que atraviesa los márgenes del norte y sur de Quito, surcando sótanos, salas prestadas y lugares arrendados. Su trayectoria es una diáspora constante, una suerte de migración artística que no busca tierras prometidas, sino que siembra sueños en cada rincón al que llegan. Como aquellos que dejan su hogar en busca de algo mejor, ambos han llevado su teatro a través de diversas geografías, construyendo puentes entre comunidades y dejando una marca indeleble en cada lugar.

Teatro Ojo de Agua es una propuesta sin fronteras. No hay barreras mentales ni físicas que no hayan traspasado. Su repertorio es amplio y abarca desde presentaciones infantiles con títeres hasta dramas profundos que exploran la complejidad humana.

La movilidad ha sido una constante en su historia. Desde un rincón de la Casa de la Cultura hasta el Avión de la Fantasía, han sido inquilinos del Malayerba, el Centro Cultural Metropolitano y el Itchimbia. “El teatro no es solo una edificación”, reflexiona Roberto. “Cuando nos preguntaban dónde quedábamos, teníamos que explicar que nosotros somos el teatro”. María Elena completa la idea: “Esto nos ha permitido adaptarnos más allá de las geografías”.

En su búsqueda por evitar la eterna pregunta de “¿dónde están?”, decidieron alquilar un lugar. Primero se establecieron en La Florida, en el norte de Quito, y luego en el Centro Histórico, donde, como en un cuento de Cortázar, una habitación se transformó en una casa tomada por las actividades teatrales. La pandemia, sin embargo, los obligó a reconfigurar su andar. Con el cambio de semáforo, encontraron un nuevo espacio en la

Casa Marcopamba, en el sur, donde las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús dejaron su legado.

Roberto y María Elena coinciden en que, aunque las dinámicas cambian según el territorio, el poder del teatro para generar emociones es universal. En cada lugar, hay alguien que sueña con ser actor, alguien que desea perderse en una obra teatral, y Ojo de Agua se asegura de que esos sueños fluyan, sin importar dónde se encuentren.

Al igual que su obra, su vida ha sido una obra en construcción. No es que cada uno tuviera su camino separado, sus sueños por cumplir a solas. No hubo “yo me voy de viaje, tú te quedas”. No hubo “yo trabajo y tú esperas”. Siempre fue juntos o nada. La vida, como el teatro, es mejor en compañía. Claro, hubo momentos en que la realidad les pedía un respiro, un trabajo en el Ministerio de Cultura para Roberto, o en el Plan de Lectura para María Elena. Pero siempre lo vieron como una pausa, un intervalo antes de volver a lo que realmente importa: sus sueños compartidos en el escenario.

La familia, sin embargo, nunca entendió del todo. No podían concebir que alguien eligiera el teatro sobre una vida estable. Los veían como almas errantes, siempre a la deriva, siempre en deuda con algo o alguien. Pero ellos tenían claro que su proyecto de vida era mucho más que un simple trabajo o una carrera. Era un desafío constante a las normas establecidas, una apuesta a vivir intensamente a pesar de las dificultades.

Hay quienes celebran aniversarios, fechas marcadas en un calendario como si la vida pudiera encajarse en días específicos. Pero las fechas son irrelevantes. No celebran el día que se casaron porque, al fin y al cabo, ni siquiera fue un evento relevante para ellos. Se casaron en secreto, casi por necesidad, porque el juicio para legalizar la unión libre era demasiado complicado. No querían que el matrimonio cambiara algo en ellos, que los demás empezaran a verlos como una pareja normal. Ellos seguían siendo libres.

Sin embargo, hay una fecha que permanece viva en su memoria: el 9 de septiembre, el día de su primer beso bajo un arupo en el jardín de la casa de un amigo. Fue una noche llena de complicidades, donde cada mirada, cada gesto, marcaba el inicio de algo nuevo. Se escondieron bajo las ramas del árbol, y luego, como niños, se metieron bajo las cobijas con una amiga, riéndose de la aventura, sabiendo que estaban a punto de romper con todo lo conocido.

Más que fechas, son los lugares los que definen su historia. Como aquella banca en la Plaza de la Independencia, donde pasaron noches conversando durante una vigilia por los desaparecidos. Encadenados al monumento, rodeados de compañeros y exparejas,

escondidos en la penumbra, sabían que lo suyo iba más allá de una simple relación. Era una complicidad nacida en medio del caos, una certeza que crecía entre los escombros de una realidad que los quería separados.

Los arupos, con su florecer cada septiembre, les recuerdan que la vida sigue siendo un juego de improvisación, un guion que se escribe sobre la marcha, sin ensayos previos. Porque, en el fondo, para Roberto y María Elena, la vida misma es una puesta en escena, donde cada día es una nueva oportunidad para seguir creando, para seguir soñando, para seguir juntos.

La llegada de Bruna fue una epifanía que desbordó el escenario de sus vidas. Su hija no fue solo un sueño hecho realidad, sino el nuevo centro de gravedad alrededor del cual orbitaban todos sus proyectos y aspiraciones. “Cuando la Bruna nació, revolucionó absolutamente todo”, recuerda María Elena, con la voz cargada de una emoción que no ha perdido intensidad con los años. Para ellos, la familia se convirtió en el epicentro de su existencia, un triángulo en el que se entrelazaban el amor, el arte y una dedicación inquebrantable.

Ambos coinciden en que la no convencionalidad de su vida les ha permitido una flexibilidad casi mágica. Roberto no tiene duda de que la ausencia de rutinas fijas y el rechazo a los trabajos convencionales han sido el pasaporte para incluir a Bruna en cada rincón de su mundo errante. “La llevamos a Marruecos, Argentina, Europa, Colombia...”, enumera Roberto, como si hiciera falta un récord para atestiguar los kilómetros que su hija ha recorrido junto a ellos. Y cuando los escenarios los llevaban a lugares donde la presencia de Bruna no era posible, se encargaban de tener una niñera que, no en el público, sino en la misma sala, vigilaba a la pequeña.

A veces, la vida del teatro y las giras eran una constante aventura, pero siempre con Bruna a bordo. María Elena recuerda los tiempos en que, tras regresar de Alemania con su embarazo a cuestas, enfrentaron la incertidumbre de una vida sin un sueldo mensual. Roberto se sumergió en el Teatro Sucre, no por vocación, sino por necesidad, para enfrentar los gastos que se avecinaban.

En el fondo, Bruna se convirtió en el ritmo constante de su banda sonora familiar. “La vida ahora es un K-Pop”, bromea Roberto, aludiendo a la musicalización juvenil que acompaña a su hija. María Elena añade un matiz cinematográfico: “Una banda sonora de película sería *Asesinos por Naturaleza*”, un reflejo de los intensos contrastes y la visceralidad que caracterizan su vida y su arte.

Pero la melancolía no tiene cabida en su actual repertorio. “Le hemos huido a la nostalgia del pasado”, afirma María Elena. En lugar de revolcarse en lo que fue, ellos buscan estar conectados con el mañana, con el horizonte que aún queda por explorar. La poesía y la literatura, con nombres como William Burroughs y el Marqués de Sade, han dejado su impronta, aunque ahora se ven eclipsadas por nuevos referentes y visiones.

La banda sonora de su vida ha evolucionado, adaptándose a los cambios y desafíos de su viaje. Desde los casetes de Serú Girán y Sui Generis hasta las notas vibrantes del K-Pop, la música se entrelaza con su existencia en una coreografía de recuerdos, sueños y aspiraciones compartidas.

Cartas de lectores

Las presentes misivas aparecieron en el número correspondiente a diciembre de 2022 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador.

Queridos editores de *Tinta Rosa*:

Les escribe Leonardo Valencia para sugerirles una historia que, estoy seguro, resonará con la esencia de su revista. Sería fascinante que dedicaran un espacio a explorar la relación entre Kathy Serrano y Ricardo Sumalavia. Ambos son autores que han sabido entrelazar el amor y la literatura, y sería un deleite para sus lectores conocer más sobre cómo sus encuentros se han forjado a través de la palabra y la creación. Además, me parece interesante que *Tinta Rosa* aborde más historias de amor y de encuentros literarios entre autores internacionales. Estos relatos podrían ofrecer una nueva perspectiva sobre cómo el arte y los afectos se entrelazan en la vida de los escritores.

Estimados amigos de *Tinta Rosa*:

Soy Valeria Guzmán y quiero enviarles un saludo afectuoso, junto con una propuesta que me ilusiona mucho. Me encantaría compartir con ustedes la historia de mi relación con Santiago Vizcaíno. Creo que sería un relato interesante y lleno de poesía, un reflejo de cómo el amor puede ser un diálogo constante entre versos y pensamientos. Gracias por considerar mi sugerencia. Espero poder contribuir con un pedacito de mi vida a las hermosas páginas de su revista.

Señores de *Tinta Rosa*:

Les escribe Fernando Balseca, con una idea que tal vez puedan desarrollar en sus próximas ediciones. Sería interesante que *Tinta Rosa* explore no solo historias de amor, sino también relaciones afectivas que hayan nacido como grandes amistades y que, con el tiempo, hayan cambiado o incluso terminado. Pienso en figuras del mundo cultural que, desde niños, vivieron un contacto estrecho hasta que la vida o la política los separó. Estas historias pueden ofrecer una mirada profunda sobre cómo las relaciones humanas se transforman con el tiempo, y creo que sus lectores apreciarían mucho esa perspectiva.

Pamela Ríos y Diego Chamorro

Nota aparecida en el número correspondiente a febrero de 2023 en la sección Flechazos de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia los librereros Pamela Ríos, crítica literaria, y Diego Chamorro, filósofo y ensayista. Ambos dueños de la Librería Cosmonauta.

En el colegio San Gabriel, entre pasillos llenos de pupitres y textos escolares, emergía un grupo al que nadie se atrevía a ignorar: los ‘Densos’. Era septiembre de 2014, y en una de esas aulas un tanto frías, cuatro profesores jóvenes formaban su clan. Pamela Ríos y Diego Chamorro eran parte de esa pequeña hermandad. Tatuados y amantes del metal se ganaban el título otorgado por los propios estudiantes. Ambos daban clases de literatura y eran de esos docentes que llevaban su rebeldía en la piel y sus ideas en sus largas melenas. Eran los profes chéveres. Los que, mientras las autoridades fruncían el ceño, recibían sonrisas de admiración de sus alumnos.

Diego acababa de regresar de Buenos Aires, cargado de un posgrado y con el fuego de la filosofía ardiendo en sus venas. Entre la UDLA, la Universidad Católica y el San Gabriel, su vida se dividía entre clases y la falta total de interés por las reuniones formales del colegio. En cambio, Pamela se movía con el grupo docente, haciendo equipo con otros que compartían su pasión por la literatura. Pero todo empezó a conectarse durante las eternas charlas en casa de Roberto Giler, el jefe de área: reuniones que a veces parecían más fiestas que trabajo.

Y es que, en diciembre, las fiestas de Quito siempre prometen historias de licor, música y juego. Entre cartas de 40 y tragos bien servidos, se forjó la chispa adecuada que prendió todo. La versión de cómo pasó sigue siendo un punto de debate. Diego, siempre con un aire más filosófico, insiste en que salió del baño tranquilamente, cuando de repente, Pamela lo agarró. Mientras ella, con una sonrisa traviesa, lo desmiente. “Él estaba en la puerta, como un chango, esperándome”, asegura. Pero poco importa quién tomó la iniciativa. Entre la música y la embriaguez de la noche, esos dos profes se encontraron fuera del aula, y el resto es historia.

¿Qué es verdad y qué es ficción? Eso, como muchas cosas en la vida de Diego y Pamela, depende de cómo se quiera contar.

No todo en su historia fue risas y rock and roll. En realidad, las cosas se complicaron mucho más allá de lo que uno podría imaginar al escuchar sus anécdotas actuales, llenas de carcajadas. Ambos tenían parejas cuando comenzaron a salir. Y si ser docente en un colegio jesuita ya es complicado, el agregarle un doble triángulo amoroso lo convirtió en un auténtico campo minado.

Pamela lo recuerda sin rodeos. “No fue tan fresco. Nosotros teníamos parejas ya. Ambos”. Lo que empezó como una aventura excitante, pronto se convirtió en una montaña rusa de emociones y conflictos. La situación se puso realmente fea. Lo que al principio parecía un secreto bien guardado, se filtró en sus respectivos hogares, y cuando finalmente la bomba estalló en el colegio, fue un escándalo digno de una telenovela.

El San Gabriel, un colegio tradicional y conservador, no estaba preparado para enfrentar algo así. “Fueron meses duros. Ahora uno se acuerda y se caga de la risa, pero en ese momento no fue nada gracioso”, confiesa Pamela. Su relación de años con su ex se vino abajo como un castillo de naipes, y no de la mejor manera. “No fue un final limpio, fue más bien como estar atrapados en una avalancha. La novia del Diego nos descubrió, y mi ex... se armó una guerra fría en casa”.

La cosa se puso tan intensa que hasta pareciera que los engañados formaron un frente común. “Un día, mi ex y la novia del Diego estaban conversando, como si fueran detectives privados, armando las piezas del rompecabezas. Se odiaban, pero en ese momento tenían un enemigo común”, añade con una mezcla de ironía y resignación. Es por esto por lo que su historia no es la típica de amor; es más bien una saga llena de líos, pero que, curiosamente, dio paso a una conexión tan fuerte que ni el escándalo más grande pudo destruir.

Pamela, con su habitual sinceridad desbordante, cuenta cómo al principio Diego le parecía bacán: “Un tipo súper inteligente, preparado, chévere. Pero luego me entero de que tiene un montón de hijos. Eso para mí fue un shock, porque nunca pensé en tener una relación con alguien que ya tenga chamos”. Y aunque al principio intentó convencerse de que no pasaría nada, la realidad pronto demostró lo contrario.

Diego, por su parte, estaba ya lidiando con tres hijos y una agenda imposible. “Tengo al Matías, al Andrés y el Nicolás. Esos son mis chamorritos. En esa época, el Nico era un bebé y apenas lo veía porque trabajaba full. Pero con Pamela fue un redescubrimiento de la literatura y la vida. Teníamos tantas referencias en común, desde

Cortázar hasta Bolaño, y horas de conversaciones profundas que me hicieron recordar por qué me apasionaba tanto la literatura y la filosofía”.

Además, compartían un amor por la música y el cine. “Pamela era muy pasional con el cine, y empezamos a ver películas y series juntos. Eso me gustó un montón porque abrió una nueva dimensión en mi vida”, dice Diego con una sonrisa. “Era demasiado del putas, muy bacán”.

El concepto de tradición en la vida de Diego y Pame es una criatura amorfa, carente de los clichés que la sociedad espera. No hay aniversarios celebrados con globos y cenas a la luz de las velas, ni rastros de San Valentín en su calendario. En su lugar, la rutina tiene un ritmo propio, uno que se alimenta de la presencia constante de dos perras y una gata que han marcado los compases de su vida diaria.

Pamela lo dice con franqueza: “Somos muy alcohólicos, estamos chupando siempre”. Aquí, el alcoholismo es una especie de cemento que une las grietas de la cotidianidad. Es como si en lugar de fiestas, celebraran la vida misma con cada trago compartido. Diego asiente: “Capaz las otras parejas no te digan ‘nosotros compartimos el alcoholismo en común’. Pero nosotros sí”.

Aparte del trago, su conexión se fortalece en momentos de ocio compartido, como devorar capítulos de series juntos. Si una serie es importante, esperan el uno por el otro para verla, como una suerte de pacto tácito. Pame no tiene reparos en repetir episodios solo para acompañar a Diego. Y aunque la lectura es parte fundamental de su vida, a menudo se vuelve una danza silenciosa entre ambos, con Pamela rompiendo el silencio de vez en cuando para lanzar una reflexión que deja a Diego navegando en su propio cosmos interior para intentar seguirle el paso.

En su sala en forma de L, el sillón es el epicentro del hogar, un altar donde se sientan a ver películas, leer o simplemente existir. Las perras saben que este es el tiempo de familia, y la gata, fiel a su estilo, se acomoda donde le da la gana. Es un ritual pactado sin firmas: si alguien rompe el círculo, es hora de ir a dormir. Las caminatas al parque con las perras son una constante. Diego se encarga de las mañanas, Pamela de las tardes, y cuando la vida lo permite, lo hacen juntos. Un ciclo repetitivo que, lejos de ser monótono, refuerza su conexión y se convierte en el verdadero reflejo de sus tradiciones.

Algo que vive en la retina de ambos es su *roadtrip* a Argentina. Su viaje hacia Buenos Aires fue nada menos que una epopeya alucinante. Imagina una pareja y un par de amigos, lanzándose en un auto con destino a la locura sudamericana, como si fueran

personajes sacados de una novela de carretera, con un *soundtrack* que parecía desafiar las normas de la cordura del propio Indio Solari.

Desde el momento en que arrancaron desde Quito, el viaje se convirtió en una mezcla explosiva de aventuras y delirios. La primera parada en Piura fue un vistazo a la crudeza del desierto peruano; luego vinieron Trujillo, Chiclayo, y Lima, donde cada ciudad les ofrecía una visión nueva del caos y la belleza latinoamericana. La Costa del Perú se extendía ante ellos como una autopista hacia el infinito, donde la carretera parecía bailar al ritmo de su frenética energía.

Llegaron a Arequipa, donde el volcán Misti los miraba como un guardián místico, antes de desembarcar en La Paz, un lugar que parecía tener su propio idioma de caos. Fue allí donde se despidieron de sus amigos, quienes regresaron a Quito, dejando a Diego y Pamela en una encrucijada de locura y literatura.

Sin embargo, el verdadero clímax del viaje fue el momento en que se embarcaron en un autobús hacia Buenos Aires, en donde decidieron comprar libros para su negocio. Un séquito de 200 libros se arrastraba como una condena gloriosa. Avanzaron con la determinación de dos seres que se desafiaban a sí mismos. El peso de esos libros era un tributo a su pasión por la literatura y un recordatorio de que incluso en medio del desmadre, había algo inquebrantable en su devoción.

Cuando finalmente regresaron a Quito, el autobús estaba lleno de libros. Cada uno de estos era una pieza de su odisea, un eco de la aventura desenfrenada que habían vivido. Y así, con el peso de esa travesía grabado en sus espaldas, Diego y Pamela continuaron su viaje por la vida, siempre buscando el próximo capítulo en su novela interminable.

Años después de aquella épica travesía, han encontrado su anclaje en un lugar tan peculiar como ellos: la librería Cosmonauta. Este santuario literario, enclavado en un rincón vibrante de la ciudad, es más que un simple comercio: es una cápsula del tiempo que conserva las huellas de sus aventuras y desventuras.

En las ferias de libros independientes, no hay imagen más entrañable que la de Diego y Pamela desplegando sus tesoros literarios con una pasión que rivaliza con la de los exploradores del siglo XIX. Sus mesas, abarrotadas de libros cuidadosamente seleccionados, se convierten en el centro de gravedad de cada evento. Diego, con su barba imponente y su mirada penetrante, discute con fervor sobre los títulos, mientras Pamela, con su actitud desafiantemente despreocupada, ofrece recomendaciones y anécdotas con el desparpajo de quien ha vivido una vida de excesos literarios.

Juntos, son una fuerza imparable, un dúo que personifica la esencia del amor por los libros y la cultura alternativa. Y así, en cada feria, entre charlas animadas y risas compartidas, siguen escribiendo su propia leyenda, como si cada libro que venden y cada conversación que tienen fueran un nuevo verso en la épica de su vida, una vida que, a pesar de los giros inesperados, sigue siendo gloriosamente, intensamente suya.

Se dice por ahí...

Las presentes cápsulas informativas aparecieron en el número correspondiente a abril de 2023 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Éstas fueron redactadas en la sección Palabras con ají.

 El escándalo del dúo de artistas plásticos: Se dice que el célebre dúo de artistas que tanto ha impactado con sus obras en las salas museísticas del país está atravesando una crisis personal que podría acabar con su sociedad artística. Según fuentes cercanas, uno de ellos ha comenzado un romance secreto con una joven curadora que trabajó en su última exposición, lo que ha generado tensiones insoportables en el taller.

 La novela del poeta y la narradora: Un poeta y una narradora de renombre, ambos con carreras sólidas en la literatura contemporánea, han sido vistos en una cena muy íntima en un restaurante de Quito. Aunque ambos están casados, los rumores dicen que están colaborando en un proyecto literario que podría ser más que una simple colaboración. Los susurros apuntan a que la tensión creativa se ha transformado en algo mucho más personal.

 La ruptura entre dos gigantes de la música: En el mundo del rock nacional, se comenta que una famosa cantante y un reconocido guitarrista, que han trabajado juntos en diversas producciones, han roto relaciones. Se habla de diferencias irreconciliables durante la preparación de su último concierto, lo que llevó a gritos y portazos en los ensayos. Ahora, cada uno sigue su camino por separado. ¿Volverán a unir fuerzas en el futuro?

 El escritor y la crítica feroz: Un autor, conocido por su estilo provocador, está en el ojo del huracán tras haber respondido de manera incendiaria a una crítica literaria que destrozó su última novela. Ella, famosa por no tener pelos en la lengua, mencionó en su reseña que el autor parecía estar más interesado en sus escándalos públicos que en escribir buena literatura. Las redes sociales se encendieron, y la batalla ha pasado del papel a Twitter, con ambos lanzándose dardos envenenados.

🍒 El escándalo de los impagos en la Feria del Libro: El mundo literario está en ebullición tras revelarse que varios autores y editoriales no han recibido el pago acordado por su participación en la última Feria del Libro, uno de los eventos culturales más importantes del país. Entre los afectados, se encuentra un laureado novelista que, molesto por la falta de seriedad, ha decidido hacer público el asunto en redes sociales, generando un gran revuelo. Las editoriales, que también han levantado sus voces, mencionan que las promesas de reembolso de gastos de viaje y honorarios quedaron en nada, y algunos autores ya están considerando tomar acciones legales. Mientras tanto, los organizadores guardan silencio, pero se rumorea que el problema radica en una mala gestión de fondos, lo que ha dejado a varios creadores con un mal sabor de boca y la promesa de no volver a participar en futuras ediciones.

Los poetas

Nota aparecida en el número correspondiente a junio de 2023 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Quienes brindan su testimonio lo han compartido bajo la discreción del anonimato. Por este motivo, se encuentra en la sección Te lo cuento, pero en chiquis.

Él estaba perdido entre montañas de libros y tazas de café frío en alguna universidad europea. Cursaba un doctorado en literatura que le daba más dolores de cabeza que satisfacciones. Entre clases y debates filosóficos sobre poesía posmoderna, lo único que mantenía su cordura eran los mensajes que le llegaban de ella: unos versos paridos desde las entrañas, habitados por ratas en casas abandonadas. Un salvavidas también consistía en escuchar rolas de hip-hop y, en vez de escribir versos, componer unos raps batracios con los que se entretenía.

Ella, por su parte, vivía un drama digno de un mal guion de telenovela. Podía ser la protagonista de la Rosa de Guadalupe. Su refugio estaba en leer mangas e imaginar que podía transformarse en un ángel EVA de Evangelion y triturar al demonio que representaba su pareja de por entonces. Un cineasta con el ego más inflado que el zepelín de Hindenburg, un condenado a ser un Titanic en el cielo, pero cuyo golpe en seco caía, lastimosamente, sobre ella, quien era tratada como un personaje secundario en su vida. El director, quien recientemente había ganado un premio por un documental, la había sacado al balcón entre gritos y sacudones. Llegó al punto de intentar encadenarla como a un perro, una imagen que ella describiría años después con una frialdad que helaba los huesos en un poemario que tuvo repercusión internacional.

Al poeta siempre le había gustado la poeta. No era amor platónico ni ninguna de esas cursilerías que llenan los libros de poesía que ambos despreciaban. Era más bien una atracción a lo peligroso, a lo complicado, a lo imposible. Así que cuando ella le escribió, pidiéndole un lugar para escapar, él no dudó en ofrecerle su pequeño y caótico departamento, su refugio de palabras y pensamientos desordenados.

Él seguía atrapado en su torre de marfil europea, esperando que su tesis lo liberara, ella se instaló en su espacio, buscando un respiro de la vida de película de terror que había vivido. La idea de ella usando sus libros como posavasos o escribiendo en sus paredes

con sus pensamientos le sacaba una sonrisa cínica. Era un caos compartido, un pacto silencioso entre dos almas desorientadas.

El avión tocó tierra y con él, la última pieza del rompecabezas que había estado armando en su mente. Después de meses de bibliotecas silenciosas y discusiones acaloradas sobre teoría literaria, Ecuador le parecía un sueño, un lugar donde los sentidos se disparaban y la felicidad podía ser un concepto flexible. Estaba ansioso, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo.

Ella lo esperaba en el departamento. Había dejado de ser un refugio y se había convertido en su hogar temporal, un lugar donde había encontrado algo de paz entre las paredes llenas de libros y notas dispersas. Cuando él abrió la puerta, no hubo necesidad de palabras. Se miraron como dos viejos conocidos que habían compartido secretos en sueños.

La noche avanzaba con la misma intensidad con la que se habían lanzado a sus respectivas vidas. Él, más contenido, había decidido mantenerse sobrio, prefiriendo que la lucidez le permitiera recordar cada detalle de esa noche. Ella, en cambio, había optado por dejarse llevar, lanzándose a cada *shot* de caña manaba como si fuera el último. El trago ardía en su garganta, quemando recuerdos y llenándola de un fuego nuevo.

Entre risas, caricias y palabras susurradas, la noche se volvió un torbellino de pasión desatada. El departamento se transformó en un escenario de locura, con cuerpos que se buscaban y encontraban, liberándose de todo lo que los había contenido hasta entonces. El contraste entre su sobriedad y su ebriedad creaba una sinfonía perfecta de descontrol y ternura.

Para él, cada toque y cada beso eran como líneas de un poema no escrito, cargadas de significado y emoción. Para ella, cada sorbo era una declaración de independencia, una afirmación de que el dolor había quedado atrás y que el presente era todo lo que importaba. La noche se desvanecía lentamente, dejando tras de sí una estela de caos, poesía y un nuevo comienzo.

Aquella noche no fue solo una explosión de pasión y locura: fue el comienzo de algo tan inesperado como bello. Entre las sábanas desordenadas y los libros esparcidos, una nueva vida se plantó sin que ellos lo supieran. Ella quedó embarazada. No se preocuparon, no hicieron planes. Simplemente dejaron que la vida siguiera su curso, como un verso suelto en un poema inconcluso.

El embarazo fue una etapa dorada en su vida, un periodo de creación y crecimiento tanto literal como figurado. Sus días se llenaron de lecturas compartidas, discusiones literarias y versos intercambiados. Era una gestación doble: de un ser y de una explosión creativa. Él, con su pluma feroz y sin descanso, se dedicó a escribir como un enajenado por la palabra, arrojando libro tras libro al mundo con una impecabilidad que parecía imposible. Ganó uno de los premios literarios más codiciados del país, un logro que no solo continuó acrecentando su prestigio sino también una recompensa económica que representaba un alivio para el hogar.

Ella encontró en la poesía un universo más meditado, un espacio para explorar su interior con una profundidad nueva. Publicó un par de obras clave, ambas un testimonio de su evolución personal y artística. Su talento no pasó desapercibido; el reconocimiento internacional no tardó en llegar, y su obra comenzó a publicarse en otros países gracias a un premio que le fue otorgado en el exterior.

La idea de la paternidad y de la maternidad no los asustaba; resultó, simplemente, otra faceta de su existencia desordenada pero maravillosamente rica. La vida se convertía en un constante vaivén de emociones, palabras y proyectos, un ciclo interminable de creación y destrucción, amor y literatura.

Él había hallado una nueva fuente de inspiración. Su poesía, antes centrada en las turbulencias de la vida y las complejidades del amor, ahora se veía teñida de la ternura y el asombro que sentía por su hija. Sus redes sociales se convirtieron en un lienzo donde pintaba con palabras los momentos cotidianos y especiales que vivían juntos. Cada poema era un destello de amor puro y sincero, una oda a esa pequeña que había cambiado su mundo. Sus seguidores quedaban cautivados con cada verso, conmovidos por la sensibilidad y la profundidad de sus palabras.

Mientras tanto, ella educaba a su hija con una mezcla fascinante de cultura japonesa y la mitología de una galaxia muy, muy lejana. Le compartía historias de mangas y animes japoneses, con personajes llenos de complejidad y mundos de fantasía que enriquecían su imaginación. Juntas recreaban escenas de Star Wars, sumergiéndose en batallas espaciales que terminaban siendo recuerdos especiales. La combinación de su amor por la literatura y la cultura pop se convirtió en un juego constante, una forma de explorar nuevas formas de narrar y conectar.

Estos momentos de complicidad y creatividad alimentaban su relación y su arte, creando un universo propio donde la poesía, los cómics y las leyendas se entrelazaban en un sinfín de historias.

La vida de los tres se convirtió en una constante aventura literaria y cultural. Se les veía juntos en ferias de libros, lanzamientos y eventos culturales, siempre con una presencia magnética. Él, con su carisma natural y su pasión por la enseñanza, se posicionó como un gran docente. Sus clases eran más que lecciones: eran espectáculos en los que la poesía cobraba vida. Sus estudiantes no dejan de comentar lo mucho que aprenden, y su reputación ha crecido rápidamente. Esto, sin contar su proyección como uno de los mejores poetas de su generación.

Ella, en contraste, mantiene un perfil más bajo, pero su escritura continúa implacable. Sus versos, silenciosos y cargados de significado, son como puñetazos que impactan profundamente a quien los lee. Mientras él brilla en el escenario público, ella trabaja en la sombra, esculpiendo cada palabra con precisión y creando piezas literarias que, sin dudas, quedarán grabadas en la mente del lector mucho después de haberlas leído. Su voz poética, aunque discreta, tiene la fuerza Mike Tyson: no hay mandíbula que se resista y queda con la boca abierta tras leerla.

Cada uno con su estilo, se complementan en una danza creativa, donde lo mejor del baile es su hija: su obra de arte mayor y lo único que han publicado juntos: una edición única que crece verso a verso día tras día.

Tocata al sector cultural con fuga de política pública

Artículo aparecido en el número correspondiente a julio de 2023 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Lo trabaja el periodista cultural Damián De la Torre Ayora. La nota es una alianza con la revista Rocinante, donde también ha sido reproducida para un mayor alcance.

Una breve radiografía al sector artístico y cultural. Se continúa trabajando con propuestas de alto nivel, pese a la falta de políticas que apoyen a los gestores. No se trata de un soliloquio, es un canto a viva voz de nuestra realidad.

Obertura

El arte y la cultura en Ecuador gozan de buena salud; sin embargo, se desarrollan en un sistema enfermo. En otras palabras, artistas y gestores ejecutan un admirable trabajo, pero las condiciones para desenvolverse no son las óptimas. Lo primero, y primordial por entender, es que no se puede hablar de un desarrollo de lo cultural cuando la precarización laboral es una constante. Y, pese a esta realidad, las propuestas que emergen en este país están a la altura de un público exigente dada su calidad.

La actual coyuntura política sirve de síntesis y metáfora para comprender la problemática que atraviesa el sector artístico y cultural: quienes buscan ser la cabeza de gobierno no solo no sintonizan con las necesidades, sino que evidencian un desconocimiento de este sector. En sus planes de trabajo, las políticas culturales son escasas y hasta ausentes; mientras que otros aún conciben a la cultura como un ‘tarimazo’ que se reduce al espectáculo, y además lo solicitan de manera gratuita.

En cuanto a las autoridades elegidas para los gobiernos locales, si bien varias de ellas han sido reelectas, este artículo (tanto en su redacción como en su publicación) se realiza antes de los primeros 100 días de gestión de autoridades seccionales. Por lo que, se mantiene un tiempo de espera para evidenciar si sus ofrecimientos van quedando en lo discursivo o se cristalizan.

Solo

“Percibo en el sector cultural un agotamiento generalizado alrededor de cualquier debate que pueda cuestionar el enfoque político o de gestión de las instituciones públicas culturales... Hay varios factores, mencionaré dos: por un lado, hay un debilitamiento en las organizaciones culturales (gremios, asociaciones, redes); y por otro, aparece la lucha cotidiana de los trabajadores de la cultura por la supervivencia individual como prioridad que nos deja poco tiempo para detenernos, para pensarnos y organizarnos”: Paola de la Vega, académica y gestora cultural.

Primer acto: deforestar al ecosistema

La RAE define a un ecosistema como: “una comunidad de los seres vivos cuyos procesos vitales se relacionan entre sí”. ¿Cómo propiciar un ambiente cuando la brecha es una gran distancia entre los trabajadores de la cultura y la institucionalidad?

El reciente malestar desde los sectores editorial independiente y teatral develó la sintomatología del sector cultural. A través de redes sociales expresaron sus desacuerdos y dudas frente a los procesos de evaluación para obtener un fondo de fomento por parte del IFCI (Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación).

Editoriales con catálogos de alrededor de 50 libros (como La Caída); autoras y editoras con más de una década de experiencia, como Sandra Araya; y varios colectivos teatrales con años de experiencia a su favor evidenciaban la falta conocimiento por parte de los jurados para otorgar estas líneas económicas.

Si bien todo concurso está sometido a un criterio subjetivo, y sin hacer desmedro del trabajo sostenido de los ganadores, sí causaba sorpresa que varios actores de la escena cultural eran descalificados en criterios que reúnen dada su trayectoria. Esto solo demostraba un tropiezo del IFCI para canalizar de mejor manera un presupuesto de \$ 9'685.700, aprobado para el 2023, por parte de la ministra de Cultura y Patrimonio, María Elena Machuca, para las Líneas de Fomento a las Artes y Creatividad, así como para el Cine y Creación Audiovisual.

Solo

“Buenos días, mi querida república de las letras ecuatorianas. Me pregunto cosas: 1. Después de diez años editando en Doble Rostro y, personalmente, editando en medios públicos y privados, ¿cómo es que no tengo experiencia editorial y mi currículum no me ampara?”: Sandra Araya, escritora y editora.

Interludio: dato mata relato (¿o lo confirma?)

La Universidad de las Artes suple una tarea estatal: el realizar estudios y encuestas que permitan entender la situación del sector cultural. A través del Observatorio de Políticas y Economía de la Cultura ha generado indicadores cuantitativos y cualitativos. Esto, en búsqueda de que los resultados den paso a políticas públicas para el fomento a las actividades artísticas, culturales y creativas a escala nacional.

Uno de sus productos es el denominado ‘Termómetro Cultural’, que en el 2020 expuso la problemática de los trabajadores de la cultura, dentro del contexto de la pandemia por la Covid-19.

Entre mayo y junio de 2020, 700.000 ecuatorianos perdieron su empleo, según la Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (Enemdu), realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC). El sector cultural no escapó de esta situación.

El Observatorio de Políticas Culturales indicó que el 84% de los trabajadores de la cultura consultados (2.508) vivieron modificaciones negativas en el campo laboral. Esto, frente a una problemática ya preexistente, pues tan solo el 28% contaba con una estabilidad en sus ingresos en los últimos tres años (ganaba entre \$400 y USD \$750, por lo que los ingresos previos a la pandemia no eran los más alentadores).

Para entonces, el 26,35% de los trabajadores culturales realizaba actividades sin percibir remuneración alguna. El 72% compartía que el impacto en los ingresos es definitivo en la afectación de sus negocios. En cuanto a la percepción de pérdida de ingresos culturales para el período del 15 de marzo al 30 de abril de 2020, la media salarial fue de \$600. Mientras que el 47,25% aseguró que su situación económica en 2019, en relación con 2015, era peor.

La principal dificultad estaba ligada a las normativas de incentivos y fomento a la cultura (41%). Otras problemáticas determinaban que producir cultura en Ecuador es cada vez más costoso (27%) y que los públicos prefieren ofertas culturales extranjeras (15%). Un segundo estudio de la Universidad de las Artes confirmó que el sector cultural vivió, vive (y esperamos no viva) una pandemia constante. En 2021 una muestra de 1.171 artistas señaló que el 55,76% ejercía más de una actividad para subsistir, es decir, se desarrollaba dentro del pluriempleo.

El 75,09% manifestó que sus ingresos en la actividad cultural fueron iguales o menores con relación al 2020. Tal como lo determina el estudio, el ingreso bajó de \$591,64 a \$563,48 para la actividad cultural principal. Eso, mientras el 44,49% realizó actividades no culturales para equilibrar sus ingresos, cifra que en 2020 fue del 33,66%. Otras cifras develaron que el 39,80% había paralizado sus actividades culturales y que el 36,81% recurrió a préstamos y refinanciamiento de deudas. La cereza del amargo pastel se cierra con un 84,73% que declaró no haber recibido ayuda por parte del Estado.

Y, como indicaba, la pandemia cultural en Ecuador es previa a la pandemia mundial. Para esto, se puede exponer como ejemplo la situación concreta del cine. En 2016, el Estado redujo un 60% su presupuesto a la industria audiovisual, algo que tuvo sus consecuencias en los últimos años. Para 2019 hubo un presupuesto de \$1'411.506 y en 2021 se contó con \$1'417.000. En contraparte, hay que señalar como medida paliativa un leve incremento en 2022, con un presupuesto de \$1'565.000. Hay una gran inyección para este año con un capital de \$4'135.000 para tres líneas de fomento cinematográfico. Esperemos que los procesos no tengan los tropiezos que se dieron en otros campos y que, por el contrario, los resultados sean positivos, mucho más considerando la reciente Ley de Transformación Digital y Cine, que apunta a la construcción de una industria audiovisual.

Solo

“Hay dos caras en la moneda del sector cultural: una, la supervivencia individual se traduce en aprovechar cualquier oportunidad de trabajo remunerado, visibilidad o colaboración... Siguen existiendo proyectos, algunos espacios culturales siguen vivos, nacen otros, y ahí estamos, produciendo sin posibilidad de detenernos a ver las costuras de todo esto. Y también seguimos produciendo, porque creemos que la cultura es un espacio de esperanza en medio de tanto de dolor... El otro lado de la moneda: esta lucha por la supervivencia individual es una luz de alerta del triunfo más visible del neoliberalismo: la desconfianza en el Estado y en lo público, y la plena confianza en el individuo y sus ‘méritos’ y ‘capacidades’ como único responsable de sobrellevar la crisis y de tener una buena vida, lo cual sabemos es una ficción”: Paola de la Vega.

Segundo acto: la movida cultural

Solo basta con darse una vuelta. Lo empírico es una puerta al conocimiento. La experiencia es una real aproximación. Apelaré a una encuesta de carne y hueso, sin que esto evite a un llamado porque el Estado realice un riguroso estudio sobre el arte y la cultura. Pero, para revisar cómo va la movida cultural, expondré varios hechos desde ejercicios comprobables (lectores, ustedes pueden comprobarlo).

Recientemente, en Quito, se celebró la Feria del Libro de la Universidad Católica (meses atrás sucedió lo propio en la Universidad San Francisco). Los días que asistí a la Universidad Católica comprobé cómo cientos de visitantes caminaban por los stands y acudían a distintas actividades literarias (habrá que ver el resultado en ventas). Esto, como termómetro perceptivo, evidencia dos aspectos: primero, hay un interés del público; segundo, se confirma el trabajo del sector editorial, sobre todo independiente, y de los escritores ecuatorianos.

A esto, se suma el siguiente ejercicio: al revisar una serie de cuentas de Facebook, Twitter e Instagram, se puede corroborar la existencia de una media de dos presentaciones semanales de libros de autores y autoras nacionales, sin contar los textos académicos; es decir, poesía, novela, cuento y ensayo (este último en menor medida) circulan en distintos espacios culturales. Además de que una serie de iniciativas para promocionar las voces literarias del país se palpan en proyectos como #FlacsoLiteraria.

Pero el sector editorial no es el único que enseña su lucha por sacar a flote lo cultural y artístico. Basta la programación de galerías como Más Arte, Arte Actual o N24, por citar a algunas, que de manera quincenal o mensual confirman la producción dentro de las artes visuales y contemporáneas. Sin olvidar el trabajo sostenido del Museo Nacional por formar a los públicos con exhibiciones permanentes e itinerantes (pese al escaso personal que presenta dicha institución).

En lo escénico resulta gratificante ver la acogida de la gente para participar de obras musicales, teatrales y dancísticas, y responder a eventos de gran formato como la Fiesta Escénica, así como a proyectos que se sostienen en el tiempo como el Patio de Comedias o incursiones a nuevos formatos como la propuesta del Microteatro y los llenos en las producciones que acoge el Teatro San Gabriel. Claro que no todo es color de rosa, espacios como el Telón de Aquiles han bajado el telón, pese a su gran propuesta de teatro familiar, y que demuestran la fragilidad que impera en las tablas.

Del cine, ni se diga. Ver que festivales como los EDOC se mantienen no solo a pulmón sino a todo corazón es un aliciente (cuántos otros han desaparecido). Y que en ese espacio se proyecten cintas como *El día que me callé*, de Víctor Arregui, demuestran nuestra gran tradición en el cine documental; sin olvidar otras cintas como *La piel pulpo*, de Ana Cristina Barragán, *Al Oriente*, o *Lo invisible*, de Javier Andrade, que cuentan con el reconocimiento nacional y extranjero, recientemente.

Solo

“Queremos anunciar y manifestarles nuestra renuncia a participar con el stand asignado en la siguiente FIL QUITO. Muchos son los factores que nos llevan a esta decisión. Sin duda, tristes y que acarrearán pesar para nosotros, quienes desde CORREDOR SUR EDITORES participamos de este evento desde el año 2010 sin interrupciones. La mala organización de la actual edición, donde prácticamente se nos ha dejado a todos los expositores en el olvido, sin contestar mails o el chat grupal creado; sumado a la desinformación sobre los protocolos de montaje/desmontaje y reglamentos de participación, generan que a una semana de comenzar este evento tengamos que tomar esta decisión”, Germán Gacio Baquiola, editor de *La Caída* (extracto de la carta a las autoridades de la Secretaría de Cultura de Quito, fechada el 8 de diciembre de 2022).

Desenlace: un posible final feliz

Vale (re)pensar a las líneas de fomento como únicas políticas de apoyo. Si bien los fondos concursables permiten a los artistas y gestores culturales desarrollar sus proyectos, han terminado limitando los procesos y consecuciones de normativas culturales que empiecen por revalorizar a las actividades culturales y artísticas.

Las acciones estatales deben ir de manera horizontal en favor del desarrollo de estas propuestas, y de quienes trabajan por las mismas. Una iniciativa favorable es la deducción de hasta el 150% de los gastos por organización y patrocinio de eventos artísticos y culturales, un incentivo tributario que permite a las empresas deducir para el cálculo del impuesto a la renta: falta una mayor información para que las compañías lo apliquen y reflexionar sobre cómo se puede reinvertir en la propia cultura.

Esto considerando que la situación tributaria y de seguridad social son males que aquejan al sector cultural desde siempre. Si bien el Registro Único de Artistas y Gestores Culturales (RUAC) significa un avance, aún no termina por aliviar estas problemáticas.

El propiciar políticas públicas para las artes permite desechar la economía simbólica que impera, donde se da paso a que los artistas y gestores culturales trabajen en varios oficios para continuar con su labor creativa.

Hay que ratificar que la crisis que atraviesa el sector cultural rebasa a la propia pandemia, en la cual los trabajadores de la cultura son los protagonistas de una tragedia: la precariedad y poca preocupación por parte de las autoridades. Esperemos una pronta cura del sistema, frente a la sanidad de quienes sostienen, realmente, a este sector.

El músico y la chef

Nota aparecida en el número correspondiente a febrero de 2024 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Quienes brindan su testimonio lo han compartido bajo la discreción del anonimato. Por este motivo, se encuentra en la sección Te lo cuento, pero en chiquis.

En la caótica trama del punk nacional de inicios del siglo XXI, donde los acordes disonantes y las letras crudas eran la banda sonora de una generación desencantada, se tejió una historia de amor y de autodestrucción. Ella, una degustadora de los sabores de los Andes para rescatar la memoria a través de exóticos menús, y él un guitarrista que abandonó Berklee porque no pudo dejar la marihuana. Ambos formaban una pareja experimental que en el imaginario colectivo son sinónimo de rebelión y tragedia. Vivieron un romance marcado por la intensidad y el caos, como un incendio que consume todo a su paso.

Ella, nacida en el campo, aunque en cuna de oro, cargaba con una infancia de diagnósticos erróneos y un historial de miedos, que se fueron opacando desde que descubrió al fuego y, desde ahí, sabía que todo se podía purificar, empezando por los alimentos. Jugar a la cocinita, literalmente, era cocinar. Su vida fue un constante buscar y nunca encontrar, hasta que aterrizó en la siembra de productos orgánicos. Su propuesta culinaria le llevó al mundillo *under* de Quito. Con su melena rubia y su actitud desafiante, no encajaba en ningún lugar, salvo cuando llevaba la fusión de comidas y la gente se decantaba por sus combinaciones alimenticias que se unificaban en el paladar. Él guitarrista supo que, más allá de sus platillos, podía encajar a su lado. Sin ser el mejor de los comensales, su figura delgada y mirada vacía encarnaban en la piel de la chef.

Se conocieron en un festival donde música, arte, artesanía y gastronomía eran los ingredientes. Su conexión fue instantánea. Eran como dos estrellas en colisión, atraídas por una fuerza incontrolable que prometía más destrucción que redención. Él, con su voz de adolescente desafinado y su habilidad limitada con la guitarra, era una figura carismática, pero también una bomba de tiempo. Ella, por su parte, era la gasolina que avivaba ese fuego. Juntos, se adentraron en un abismo de drogas y violencia, un viaje sin retorno que los llevó al borde del precipicio.

Su relación era una danza macabra. Entre espectáculos caóticos y noches de excesos, se amaban con una intensidad que rayaba en lo patológico. Pero como toda historia de amor verdadera, también estaba teñida de sombras. Se pelearon, se hirieron y, sobre todo, se aislaron del mundo, creando una burbuja de autodestrucción que los consumía lentamente. El clímax llegó en verano. En una quinta de Machachi que pertenecía a la familia de la chef, donde ella había conocido desde niña todos los productos que podían provenir de la leche de las vacas que ordeñaban.

Una parrillada se desmoronó hasta convertirse en un desastre. La madre de la chef había insistido en reunir a la familia para limar las asperezas tras un combate que mantuvieron tras las descortesías del novio alcoholizado. Había una tensión palpable en el aire, una mezcla de antipatía y recelo.

Ella, con su cabello desordenado y su actitud desafiante, se movía entre sus parientes como una extranjera en una ciudad hostil, algo así como caminar por Guayaquil. Él, con su chaqueta de cuero y ojos perdidos, se apoyaba en la pared, ajeno a las miradas reprobatorias de los familiares. Cerca del horno de pan, estaba la prima de la chef. Una joven con el rostro sereno y las pupilas lejanas llenas de una inocencia, algo que contrastaba brutalmente con el caos de los dos forasteros.

La conversación, si se le podía llamar así, avanzaba torpemente. Comentarios triviales, preguntas incómodas, y un intento desesperado por mantener las apariencias. Pero entonces, como un relámpago en la noche, el guitarrista decidió romper la frágil paz, como si hiciese un solo no programado para opacar a la banda. Fue un gesto casi imperceptible, una mirada prolongada hacia la prima, un comentario deslizado con la torpeza de quien no entiende los límites.

“Estás bien rica. Deberías venir conmigo, seguro que la pasaríamos bien”, dijo con una sonrisa lasciva. El ambiente se tensó como una cuerda al borde del colapso. La chef, que había estado observando la escena con una mezcla de celos y resentimiento, estalló en una risa amarga. “¿En serio, Sid? ¿Ahora coqueteas con mi prima?”.

El silencio se hizo denso, pesado. Los familiares intercambiaron miradas de incredulidad y desaprobación. Fue un tío quien se levantó primero, un hombre robusto con un rostro curtido por los años. Se acercó al guitarrista con pasos decididos y lo miró con una furia contenida. “Fuera de esta casa, ahora mismo”, pronunció, con una voz baja y peligrosa. Pero el músico, en su perpetuo estado de rebeldía, no entendía el peligro. Rio.

Mostraba un rostro desafiante, como un niño que juega con fuego sin miedo a quemarse. “¿Y si no quiero?”, respondió.

El golpe fue rápido, inesperado. El padre de la joven lo agarró por la chaqueta y lo empujó contra la pared. Hubo un ruido sordo. Los demás familiares se levantaron de sus asientos, algunos intentando calmar la situación, otros uniéndose al tumulto. La chef gritaba, con una voz aguda y desesperada, mientras intentaba separar a su tío de su novio. En medio de la confusión, él logró liberarse y lanzó un puñetazo torpe que no alcanzó a nadie. El espacio era un torbellino de gritos y movimientos desordenados. Finalmente, fue la madre de la chef quien, con lágrimas, logró poner fin a la pelea. “¡Basta! ¡Se acabó! ¡Váyanse!”, gritó. Su voz temblaba de angustia y decepción.

El guitarrista y la chef, aturdidos, se tambalearon hacia la salida. La atmósfera, cargada de electricidad, se rompió con el sonido de la puerta cerrándose de golpe. En el interior, la familia se quedó en silencio, respirando con dificultad, intentando procesar lo que acababa de ocurrir. Afuera, ambos se alejaron. Dos sombras perdidas dejaban una estela de desorden y dolor.

Su historia podría haber tomado un giro diferente. En algún rincón de sus corazones heridos, ambos anhelaban una salida, un resquicio de esperanza. Intentaron buscar ayuda, esa verdad desnuda que pocos conocen. Hubo tardes en las que caminaron por las calles de Quito, buscando una clínica de rehabilitación o un grupo de apoyo que les ofreciera un salvavidas. Pero el camino hacia la redención es empinado, y ellos, con sus almas ya quebradas, tropezaban a cada paso.

Las terapias comenzaron con una promesa silenciosa. Se sentaron frente a terapeutas que los miraban con una mezcla de compasión y resignación. Hablaron de sus miedos, de sus traumas, de los demonios que los acechaban en la noche. Pero las palabras, aunque sinceras, eran insuficientes para romper el ciclo de autodestrucción. Las sesiones se convirtieron en un ritual vacío, una fachada de normalidad que apenas disimulaba la tormenta que rugía en su interior.

La adicción era un monstruo insaciable, y ellos, sus presas indefensas. Las drogas y el alcohol se convirtieron en sus únicos compañeros constantes, un refugio tóxico que los alejaba de la realidad. En sus momentos más oscuros, se aferraban a esa ilusión de alivio, aunque solo fuera temporal. Y así, la espiral descendente continuó, cada vez más rápido, cada vez más profundo.

En medio de este caos, la traición se coló como una serpiente silenciosa. Él, perdido en su propio abismo, coqueteó con la mejor amiga de la chef. La noticia corrió como pólvora. Ella, herida y furiosa, buscó su propia venganza. En una noche de excesos, se acostó con uno de los miembros de la banda, un acto impulsivo que sabía que sería como sal en la herida.

El amor que una vez los unió se desmoronaba, una construcción frágil golpeada por el viento. Los celos, las inseguridades y el resentimiento se convirtieron en el paisaje cotidiano. Las peleas eran el pan de cada día. La violencia verbal escaló a la física, y las cicatrices, visibles e invisibles, se multiplicaron. La relación, que alguna vez fue un refugio, se convirtió en una prisión de dolor y culpa.

Siempre...

Poema aparecido en el número correspondiente a abril de 2024 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. El poema es uno de los registrados en la sección Versos libres, cuyo espacio está destinado para que los lectores envíen sus escritos. Este fue firmado bajo el seudónimo Vinicio.

Llegará el día en que no te vea.

Quizás, nunca volvamos a hablar.

Seguro conocerás a más gente.

Un día, posiblemente, ya no sea parte de tu memoria.

Una noche nos unió.

El destino, esa mezcla de lo inesperado y la desgracia, ya no nos quiere ver juntos.

Mientras pasa el pasado, te miro y miro un amor verdadero, así pareciese que no dura nada.

Solo una cosa te digo, aquí y ahora: en el futuro seguiré amándote.

Como lo hago en este momento: a escondidas y en silencio para siempre.

Mariella Toranzos y Luis Fernando Fonseca

Nota aparecida en el número correspondiente a junio de 2024 en la sección Flechazos de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia los periodistas culturales Mariella Toranzos y Luis Fernando Fonseca.

Se conocieron como muchos otros lo han hecho en el mundillo cultural: a través de eventos, grupos de chat y esas casualidades que parecen no serlo. Mariella y Luis Fernando se cruzaron primero en la Feria del Libro de 2017, pero fue en el cuadrilátero cultural del 2018, con esos encuentros de periodistas y escritores, donde realmente conectaron. Una interacción aquí, un mensaje allá, hasta que empezaron a chatear más seguido, compartiendo chismes del mundillo, prestándose libros, como quien intercambia secretos.

Ella en Guayaquil, él habitando Quito. La primera vez que Mariella recibió un libro prestado de Luis Fernando, se lo entregó su colega Jészica Zambrano. Le advirtió que tuviera precaución absoluta, porque él era extremadamente cuidadoso con sus libros. La advertencia era seria, especialmente después de que Jészica le devolviera un libro de Adolfo Macías con manchas de pintalabios y hasta lodo. Mariella se lo tomó en serio. Así, su relación fue creciendo hasta que el paro de octubre del 2019 los unió aún más. Mientras Quito ardía, él se preocupaba por si ella estaba bien y viceversa. Esos días de caos los acercaron de una manera inesperada.

Finalmente, cuando terminó el paro, ella decidió viajar a Quito para encontrarse con él. Y ahí, entre museos cerrados –a Luis Fernando se le ocurrió invitarla al MUNA un lunes–, helados que no podían terminar, y partidos de fútbol que la llevaron al corazón de la barra de la Liga (cuando ella era hinchada de Emelec), se dieron cuenta de que lo que había entre ellos era algo más que una simple amistad. La química estaba ahí, palpable, aunque Luis Fer seguía nervioso, incluso al final de un calendario que parecía unirlos de por vida.

Esa semana en Quito fue una locura, llena de experiencias compartidas y descubrimientos. Acostumbrada a la brutalidad de los estadios de Guayaquil, encontró algo inesperadamente positivo en el estadio de la Liga. El fútbol, las caminatas por el Centro Histórico, las películas en Netflix... Todo parecía conspirar para que se dieran

cuenta de que esto iba en serio. Pero la distancia era un tema, y ninguno de los dos creía mucho en las relaciones a distancia.

Sin embargo, no podían dejarlo ahí. Mariella volvió a Quito en noviembre, y entre películas y noches en un Airbnb, Luis Fernando finalmente le pidió que fuera su novia. A pesar de vivir en ciudades distintas, sabían que seguirían viéndose. Algo había cambiado. Algo que no se podría ignorar.

Él ya tenía una imagen mental de Mariella mucho antes de que sus caminos se cruzaran en ese laberinto llamado Quito. Una idea de cómo podría ser ella, construida a través de conversaciones virtuales, llenas de chispa y sentido. En la era de las redes, donde las imágenes inundan la percepción, conocer a alguien sin haberlo visto físicamente antes era casi un acto de fe. Luis Fernando se aferraba a la esperanza de que la química que compartían en la distancia no se desvaneciera al enfrentarse cara a cara.

Para ella, la expectativa era otra. Las fotos que había visto de Luis Fernando lo mostraban como alguien atractivo, pero fue su vozarrón la que la atrapó. No fue hasta que recibió ese primer mensaje de voz que la imagen de él comenzó a adquirir una nueva dimensión. Una voz grave, aunque suave, con ese toque de locutor que la hizo sonreír sola frente a la pantalla. Le dijo: “Tienes voz de locutor”. Y desde ese momento, la idea de conocerlo en persona dejó de ser solo una emoción pasajera y se convirtió en una necesidad imperiosa.

El día en que finalmente se encontraron, ambos llevaban consigo esas impresiones previas, moldeadas por la distancia. Pero nada podría haberlos preparado para la realidad de estar uno frente al otro, en la encrucijada donde las palabras digitales se convierten en gestos y miradas reales.

Su relación no se define por celebraciones, sino por rituales que han tejido en su convivencia, un tipo de complicidad que no necesita de fechas impuestas para manifestarse. Desde el inicio, cuando empezaron a salir y más tarde a vivir juntos, una de las cosas que Luis Fernando valoraba era el respeto por esos momentos de silencio compartido. “La lectura es una vaina muy personal, individual, en silencio”, decía, y lo que más le gustaba era poder estar a su lado, cada uno con su libro, en esa quietud que no necesitaba de palabras.

Mariella recuerda esos primeros días en los Airbnb que compartían, tumbados en el sofá o en la cama, cada uno sumergido en su propio universo literario. Era un ritual que habían mantenido hasta hoy, aunque ahora ella leía más en su teléfono porque no tenía un

Kindle, mientras él seguía con sus libros físicos. Pero el ritual era el mismo: la compañía del otro, en silencio, conectados de una manera que solo los que aman leer pueden entender.

Las celebraciones convencionales, como San Valentín, nunca fueron parte de su dinámica. “A Luis Fer no le gustan ese tipo de celebraciones impuestas en lo absoluto”, comentaba Mariella. Sin embargo, eso no significaba que no existieran gestos de cariño. Él le traía chocolates o flores “solo porque sí”, no porque el calendario lo dictara, sino porque había visto algo que le recordaba a ella. Mariella hacía lo mismo, trayéndole helado, un libro, o cualquier cosa que sabía que le alegraría el día.

Además de la lectura, el fútbol se había convertido en otro ritual. El amor de Mariella por el Emelec se transformó, casi por arte de magia, en una pasión por la Liga. Ahora, ver los partidos del cuadro capitalino era una tradición sagrada, tanto en el estadio como en la televisión. Y no solo era un ritual entre ellos, sino que también se extendía a su círculo de amigos. Diego y Pamela, una pareja de librereros cercana, solían unirse a ellos para ver los partidos, creando un tipo de comunicación y camaradería que Mariella no había experimentado en relaciones anteriores.

Era en esos pequeños instantes, en esos gestos cotidianos y silencios compartidos, donde realmente se sentía la profundidad de su conexión. Todo lo demás, los aniversarios y las celebraciones eran solo ruido de fondo en comparación con el lenguaje secreto que habían construido juntos.

Mariella tenía un caos interno que parecía una bomba de tiempo a punto de explotar. Había renunciado al periódico donde laboraba y estaba en un limbo existencial, sin saber qué hacer con su vida. Estaba convencida de que un perro resolvería todos sus problemas, como si un cachorro pudiera convertirse en su salvavidas en medio de ese mar de incertidumbre. Pero Luis Fernando, con la cabeza más fría, le trajo un perro, sí, pero uno de peluche. Muchín, como ha sido bautizado, fue su ancla, un acto tan tierno que se quedó grabado en la memoria de Mariella. Un gesto que no necesita palabras, que grita ternura y comprensión desde el gesto.

Pero no todo era suavidad y dulzura. Luis Fernando menciona *The Joker*, la película que resuena en sus recuerdos como un eco distante. Y luego están las canciones. En los inicios, cuando la distancia era una barrera tangible, la música fue el puente. Se enviaban temas de Judas Priest y Europe, compartiendo pedazos de su alma a través de notas musicales.

Ya juntos, y recientemente, el Metal Fest fue otra historia. Él estaba emocionado, listo para aguantar las horas infinitas de música. Le advirtió a Mariella en tono mitad broma, mitad serio, que, si se cansaba, tendría que irse sola. Pero ella aguantó hasta el final, empapados de sudor y euforia, en un acto que selló su complicidad. Esos son los recuerdos que importan, los que quedan, como cicatrices invisibles que relatan la historia de quienes son y de cómo llegaron hasta aquí.

Luis Fernando estaba navegando en las aguas turbias del post-pandemia, tratando de comprender el caos que la Covid había dejado a su paso. “Todavía estoy intentando calibrar este efecto del aislamiento”, decía con una seriedad que parecía pesarle en la voz. Pero, entre esas sombras de incertidumbre, algo brillaba: “Veo a Quito de otra manera por ella”. Había algo en la manera en que Mariella interpretaba el mundo que le había reconfigurado la ciudad bajo sus pies. La convivencia, admitía, es un campo de entrenamiento brutal. “Mariella llegó con Yoko, su gatita”. La pequeña felina que se había instalado en su vida sin pedir permiso había logrado algo que ningún otro gato había hecho: que Luis Fernando aceptara su presencia sin rechistar. “No solo depende de lo que quieras, sino que el verdadero aprendizaje llega cuando empiezas a convivir”.

Mariella, por su parte, era un volcán que había aprendido a mantener su lava bajo control. “Yo era otra persona antes de la pandemia”, confesaba, recordando sus días de reportera farrera, saltando de una cobertura a una cerveza con amigos en la noche guayaquileña. Pero, la convivencia había cambiado su ritmo, la había llevado de la pista de baile al sillón de su casa. “Soy impaciente, abiertamente impaciente”, se reía, como si esa impaciencia fuera un viejo amigo del que no podía deshacerse. Luis Fernando, con su humor oscuro y su fachada de metalero rudo, le había enseñado a desacelerar, a ser más paciente, no solo con el mundo, sino con ella misma. “Es una persona muy dulce, porque detrás de su fachada, él es todo ternura”.

Ambos, dos almas errantes con un destino apasionado que no conoce límites ni convencionalismos trazan su ruta hacia el futuro con una mezcla electrizante de aventura. Luis Fernando proyecta su próximo movimiento: Colombia. Ah, sí, ese vibrante lienzo de culturas enredadas y aromas de café que, en tiempos pre-pandémicos, ambos habían explorado por separado. Medellín y Bogotá marcan ahora la brújula de esta pareja con ganas intrépidas de exploradores. Y qué decir de llegar a Bolivia: “La familia de Mariella es de allá, me hace mucha ilusión conocer su cultura con ella”.

Pero eso no es todo, porque si hay algo que los une más allá de sus preferencias por la geografía latinoamericana, es su vínculo irrompible como periodistas culturales. Imagina esto: ambos, atrapados en una especie de danza literaria, compartiendo sus crónicas y comentarios con una intensidad casi frenética. Sus textos se entrelazan como las notas de una sinfonía caótica, cada corrección de estilo y cada sugerencia de estructura se convierten en un diálogo interminable sobre la esencia misma de la narrativa. Ellos no solo intercambian ideas, sino que construyen proyectos juntos, armados hasta los dientes con el tipo de críticas que solo dos periodistas culturales apasionados podrían ofrecerse.

En su mundo, el futuro se construye con el ritmo de sus colaboraciones y la promesa de nuevas aventuras. Mientras planean su próxima incursión en tierras colombianas y continúan su trabajo conjunto, el destino se despliega como un amanecer, listo para ser pintado con las audaces pinceladas de su amor por el periodismo.

Finales...

Cuento aparecido en el número correspondiente a julio de 2024 de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. El relato es el ganador de la convocatoria de concurso de microcuentos del Ilustre Municipio de Quito. La autoría es de Damián De la Torre Ayora, colaborador de esta revista.

A la Isa

Él llegó antes. Te dedicaba canciones de Cerati. Yo ya no puedo dedicártelas. Te ofrezco vivirlas. Menos esa de decir adiós. Es egoísta. Lo sé. Es que contigo no pienso en finales tristes. Tampoco felices. Contigo no quiero finales...

Romina Muñoz y Jorge Salvador Izquierdo

Nota aparecida en el número correspondiente a agosto de 2024 en la sección Flechazos de la revista mensual Tinta Rosa, publicada en Quito, Distrito Metropolitano, Ecuador. Cuentan su historia la ministra de Cultura, Romina Muñoz, y el escritor Jorge Salvador Izquierdo.

La función de cine ha terminado. El estreno de *La invención de las especies*, de Tania Hermida ha concluido. Las copas de vino van y vienen para brindar. En medio de los brindis, una mujer corre hacia la ministra de Cultura, Romina Muñoz. “Ministra, ha dejado su celular en una de las mesas”. Romina mira el celular y se da cuenta que no es suyo. “Pero ministra, tiene una foto suya”. Ella empieza a estallar de risa, mientras su esposo, Jorge Salvador Izquierdo, se colorea sin dejar de esbozar una sonrisa. “Es de él, que es un romántico y me tiene en su celular”. Esta escena da pie, a la siguiente historia. Ahora, la función está por empezar:

Se conocieron en un torbellino. Romina, entonces directora del departamento de investigación de la Universidad de las Artes, y Salvador Izquierdo, profesor, cruzaron miradas por primera vez entre los pasillos académicos, donde las promesas de proyectos artísticos se derrumbaban tan rápido como se levantaban. Era el 2015, entre agosto y septiembre, una época en que ambos estaban anclados a otras historias, a otros amores, pero algo en la forma en que sus vidas se entrelazaron hizo que el tiempo acelerara.

Ella lo recuerda como un encuentro que comenzó con una disculpa. Salvador había ganado unos fondos para un proyecto que fracasó antes de nacer. Romina se acercó a explicarle el desastre, sintiendo el peso de un error que no era suyo, sino del rector, que había decidido cortar de raíz una iniciativa ya anunciada. Pero Jorge, con su calma de siempre, le respondió que no importaba, que tenía hijos y problemas más serios de los que preocuparse. “Es vanidad de universitarios, no te preocupes”, le dijo, y con esas palabras comenzó a desmoronarse la formalidad que los había mantenido distantes. Esa conversación marcó el inicio de algo más íntimo, algo que, aunque aún indefinido, les permitía reconocerse en el otro.

Salvador, por su parte, estaba fascinado con la idea de una complicidad intelectual que nunca había encontrado. En esas charlas iniciales, hablaban de arte, de textos clave en la historia del arte ecuatoriano, de manifiestos y de artistas que escriben. Había

propuesto una antología de esos textos –un proyecto que sigue pendiente de Festina Lente, la editorial que eventualmente crearían juntos– y Romina, con su bagaje de artista visual formada en el ITAE, parecía la interlocutora perfecta. Él venía del mundo de las letras, pero su inclinación hacia las artes visuales le hacía sentir que finalmente había encontrado a alguien con quien podía hablar de las cosas que realmente le interesaban, de una manera en que nunca había podido hacerlo. “Era un descubrimiento hermoso”, dice, “uno que me había hecho falta toda la vida”.

Así, en medio de conversaciones largas que iban revelando afinidades ocultas, comenzó el cortejo. Ella también estaba saliendo de una relación, y ambos se encontraron en un punto donde sus vidas parecían converger con una urgencia inusitada. “Nos demoramos un mes en cerrar nuestros pendientes”, cuenta Romina, “y saber que podíamos estar juntos”. La atracción fue tan fuerte que no hubo espacio para las dudas, y en noviembre, apenas dos meses después de haberse conocido, ya estaban viviendo juntos.

La velocidad con la que todo se desarrolló tomó por sorpresa a quienes los rodeaban. “Fue una locura”, recuerda Salvador, “pero tan fuerte la atracción que a mí no me importó nada”. Romina asiente: “A mí tampoco”. En medio de rumores y comentarios sobre la rapidez de su relación, la pareja se encapsuló en su burbuja, ignorando el qué dirán. Para él, la valentía y seguridad de Romina fueron fundamentales. “Tú también la conoces”, me dice, “sabes que es una persona súper valiente, muy segura. Yo me inspiro en ella, me alimenta mucho. No sé de dónde saca tanta fuerza”. Romina, que había perdido a su padre a los siete años y había sido criada por una madre impresionante, parecía invulnerable, y esa fortaleza le dio a Salvador la confianza que necesitaba para seguir adelante sin mirar atrás.

El 31 de diciembre de 2015, pasaron el Año Nuevo juntos, con sus hijos, como si llevaran años siendo una familia. Fue un inicio que, en retrospectiva, parece tan inevitable como improbable. “Nuestros hijos se llevaron bien desde el principio”, cuenta Romina. En ese primer encuentro familiar, pasaron juntos una semana en la que los niños, ajenos a la complejidad de las relaciones adultas, simplemente jugaron y se conectaron de manera natural. “Nos cuidamos un poco más con ellos al inicio”, admite el escritor, “pero era inevitable, se llevaban tan bien que no había forma de ocultarlo”.

Un viaje a Cuenca consolidó lo que ya era evidente para todos. Habían planeado dormir en habitaciones separadas, cada uno con sus hijos, pero los niños insistieron en

compartir una habitación, dejando a los adultos en la otra. “Todo se dio”, dice Romina, riendo al recordar cómo la espontaneidad infantil desbarató sus planes de discreción. Así, sin planearlo, sin siquiera proponérselo, comenzaron a construir una familia. Una familia extraña, como todas, pero unida por una complicidad que había nacido mucho antes de que pudieran ponerle un nombre.

Así que, en esa cotidianidad compartida, en esas pequeñas rutinas, ellos encuentran una especie de ancla en medio de sus vidas agitadas. Las tradiciones domésticas, tan simples como un desayuno de sábado o la dedicación al jardín, se convierten en momentos de conexión genuina. Salvador habla de estas cosas con una mezcla de humildad y asombro: los almuerzos y cenas cocinados en equipo, las visitas a ferias de arte y exposiciones, y ese hábito casi ritual de caminar juntos. La imagen de ellos caminando por La Floresta, parando en la panadería local, se vuelve casi cinematográfica, una postal de lo que significa construir una vida en pareja en medio del caos de la cotidianidad.

Romina, por su parte, reconoce que su vida actual es tan intensa como el inicio de su relación, especialmente con las demandas de su rol en el Ministerio de Cultura. Sin embargo, no deja que eso interfiera en lo que han construido juntos. Para ellos, caminar no es solo una rutina, es una manera de mantenerse conectados, de ponerse al día, de mantener vivas las conversaciones que siempre han sido el pilar de su relación. Ya sea en una calle de barrio o incluso en un centro comercial. “Como aquella vez en que nos pescaste juntos, cuando nosotros también te encontramos con tu pareja”, recuerda Romina con una sonrisa cómplice.

La música es otra de esas constantes que les une, una banda sonora compartida que resuena en cada rincón de su casa. Mientras Romina se deja llevar por los clásicos de la música chichera y las melodías de su infancia, Salvador la introduce a las últimas tendencias. Por otra parte, cantantes como Gillian Welch y Jessica Pratt los unen. Sin embargo, no todo es nuevo; en su boda, optaron por una versión de Something de los Beatles, interpretada por Sinatra, y Harvest Moon de Neil Young, canciones que se han vuelto himnos personales, marcadores de momentos que ambos atesoran.

La lectura es otra tradición que cultivan con devoción. Salvador recuerda cómo leyeron juntos *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, una experiencia que se extendió por un año entero. Leyéndose en voz alta, compartiendo cada palabra, cada reflexión, hicieron de esa lectura algo más que un simple libro; fue un viaje, una

construcción conjunta de significados. Comprar esa edición usada en Bogotá, casi como un trofeo, fue el inicio de un rito que les unió de una manera íntima y profunda.

En cada una de estas tradiciones, en cada pequeña rutina, se revela el secreto de su relación: la capacidad de encontrar lo extraordinario en lo ordinario, de construir un universo compartido a partir de las cosas más simples, pero no por ello menos significativas. En esa domesticidad compartida, han tejido una vida que, aunque pueda parecer caótica desde fuera, está marcada por una armonía que solo ellos comprenden.

La boda en Machachi no fue un evento apresurado, ni mucho menos un compromiso impuesto por la prisa. Salvador y Romina no sentían la urgencia de formalizar su relación ante la ley, pero cuando decidieron hacerlo, lo hicieron a lo grande, con una ceremonia y una fiesta que resonaron en el paisaje andino como un eco de su amor, que no necesitaba más que su propia existencia para ser real.

“Nos dimos el gusto de disfrutar pasados los años”, dice Salvador, recordando cómo seleccionaron Machachi como el escenario perfecto. La casita de páramo de sus padres, situada en las cercanías del Cotopaxi, se convirtió en el epicentro de la celebración. “Nos interesaba esta idea de que la gente se quedara a dormir y que la fiesta continuara al día siguiente, de alguna manera”, comenta, y su voz refleja la satisfacción de haberlo logrado. La planificadora de bodas, una maestra en su arte, les sugirió una hacienda cercana, Santa Ana del Pedregal, que les permitía cumplir sus sueños sin romper el banco. A solo veinte minutos de la casita familiar, el lugar era un refugio en medio de los Andes, donde el Cotopaxi los vigilaba.

Romina, con la determinación que la caracteriza, recuerda el momento en que decidieron casarse: “Nos vamos a casar este año, y hagámoslo”. Fue un acto de decisión compartida, de esas decisiones que se toman con la certeza de estar siguiendo el camino correcto. Para ella, la presencia de su hermano español fue uno de los momentos más emotivos de la boda. Apesar de haberse visto pocas veces en la vida, el vínculo con su hermano es tan genuino y fuerte que trasciende el tiempo y la distancia. “Tener a gente que es de afuera, súper simpática, súper entregada, con un amor así... esas cosas le dan simbolismo y magia a este tipo de eventos”, dice Salvador. Mientras Romina asiente al pronunciar: “Es que la conexión que hicimos fue tan profunda, tan wow, esto es amor”. Mucho antes de esta celebración, en un acto de fe, Romina dejó su trabajo fijo y se mudó para estar más cerca de los hijos de Salvador. “Fue un salto complejo porque también yo era quien sostuvo históricamente a mis hijos, entonces he sido mamá y papá”.

Ese salto es visto por Salvador como una metamorfosis, una transformación radical que los ha llevado a evolucionar juntos. “Todo ha cambiado. Todo”, dice, buscando la mejor manera de expresarlo. Se compara con un ser humano que adquiere una nueva piel, o incluso con un Pokémon que evoluciona. “Me siento afortunado de estar con la Roma y que esta cosa que hemos construido, a pesar de todos los problemas que uno puede tener –las cosas laborales, económicas, de salud, los hijos, las preocupaciones– vamos resolviendo. Seríamos muy idiotas si no reconociéramos la suerte que tenemos de habernos encontrado y de haber sufrido esta transformación radical de lo que ahora somos”.

Romina destaca la actitud ante la vida de Salvador. “Él es súper positivo, en todo. Es impresionante”, dice, con admiración evidente en su voz. Las amigas de Romina, convertidas en fans incondicionales de Salvador, lo describen como alguien “puro amor”, y “eso es cierto”, añade con total orgullo.

El hogar que han construido es un lugar donde las diferencias no solo se aceptan, sino que se reflexionan. Con cuatro hijos entre ambos, las dinámicas familiares son todo menos sencillas. Romina cuenta, entre risas, cómo Salvador tiene la costumbre de sentar a los chicos para largas reflexiones filosóficas cuando necesitan ser corregidos. “Si quiere retar a alguien, es una hora de una buena conversación”, dice, bromeando sobre cómo ella, “como buena guayaca”, es más directa y prefiere ir al grano. “Yo mando al pan a los pocos minutos”, admite con una sonrisa, mientras que Salvador se toma el tiempo para profundizar en la conversación. “Con los hijos nos matamos de risa porque cuando empieza ya decimos: está en sentada filosófica”, agrega, mostrando la camaradería que reina en el hogar.

Sin embargo, detrás de las risas, Romina reconoce la paciencia de Salvador como una cualidad invaluable. “Él siempre te enseña que hasta los problemas más grandes no son tan serios”, comparte, reconociendo cuánto le ha ayudado esa perspectiva en su rol como ministra. “He aprendido a no reaccionar tan rápido”, pronuncia, mostrando cómo Salvador ha sido una influencia positiva en su vida tanto personal como profesional.

La pareja se enfrenta a los desafíos del día a día con una filosofía de trabajo en equipo. “Creo que los dos estábamos convencidos cuando nos metimos que la vida en pareja es como el trabajo y debemos trabajar cada día nuestra relación”, dice Romina, dejando claro que el amor, como todo en la vida, requiere esfuerzo y dedicación.

Pero, en medio de todo, es el amoroso equilibrio de Salvador lo que realmente marca la diferencia. “Yo soy muy adicta al trabajo y él me permite detenerme a mi alrededor”, dice, destacando cómo él administra su tiempo de manera impecable, asegurándose de que hay espacio para todo: las comidas, las actividades de los hijos, la lectura, y los momentos de descanso. “Es lindísimo porque estamos en armonía y vivir así es bellísimo”, concluye, resumiendo en pocas palabras lo que parece ser la clave de su felicidad: una vida compartida en equilibrio, donde el amor y la comprensión son el centro de todo.

De esta manera, la función de su vida continúa.

Obras citadas

- Adoum, Jorge Enrique. *Entre Marx y una mujer desnuda*. Bogotá: Literatura Random House, 2016.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Traducido por Ramón Gil Novalis. Bogotá: Paidós, 2021.
- Barthes, Roland. *El placer del texto seguido por Lección inaugural*. Traducido por Nicolás Rosa y Oscar Terán. México: Siglo XXI, 1986.
- Cárdenas, Eliécer. *El pinar de Segismundo*. Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador, 2008.
- Cardoso, Pablo, ed. *Trabajadores de la cultura: condiciones y perspectivas en Ecuador*. Guayaquil: Universidad de la Artes Ediciones, 2021.
- Calvino, Italo. *Los amores difíciles*. Trad. Aurora Bernárdez. Barcelona: Tusquets, 1999.
- Eco, Umberto. *Sobre literatura*. Traducido por Helena Lozano Miralles. Barcelona: Océano & RqueR, 2002.
- Derrida, Jacques. *Universidad sin condición*. Madrid: Mínima Trotta, 2002.
- Foucault, Michel. *De lenguaje y literatura*. Traducido por Isidro Herrera Baquero. Barcelona: Paidós & Universidad Autónoma de Barcelona, 1996.
- Houellebecq, Michel. *El mapa y el territorio*. Traducido por Jaime Zulaika. Barcelona: Anagrama, Panorama de Narrativas, 2011.
- Montero, Rosa. *Pasiones*. México: Alfaguara, 2012.
- . *La ridícula idea de no volver a verte*. Barcelona: Seix Barral, 2013.
- Nussbaum, Martha. *El conocimiento del amor. Ensayos sobre filosofía y literatura* [1990]. Traducido por Rocío Orsi Portalo y Juana María Inarejos. Madrid: Machado Libros, 2016.
- Proust, Marcel. *Sobre la lectura*. Traducido por Mauro Armiño. Madrid: Cátedra, 2006.
- Puig, Manuel. *Boquitas pintadas*. Buenos Aires: Booket, 2016.
- Ortega, Alicia. *El pinar de Segismundo, de Eliécer Cárdenas. La reescritura como festivo acto de justicia literaria*. En *Anales. Revista de Universidad Central del Ecuador*. No. 379. En prensa, 2022.
- Rodríguez, Gustavo. *Cien cuyes*. Bogotá: Alfaguara, 2023.
- Schwob, Marcel. *Vidas imaginarias. Versión completa*. Argentina: Longseller Clásicos de Siempre, 2005.

Tabucchi, Antonio. *Sostiene Pereira*. Cuba: Editorial Arte y Cultura, 2002.

Talese, Gay. *El silencio del héroe*. Madrid: Alfaguara, 2013.

———. *Retratos y encuentro*. Madrid: Alfaguara, 2010.

Tamarís, Raúl, ed. *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón acompañadas de los Diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 2010.

Updike, John. *Parejas*. Barcelona: Tusquets Editores, 1995.

Vallejo, Irene, *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo*. Barcelona: Siruela, 2020.

Woolf, Virginia. *¿Cómo debería leerse un libro?* En *Del vicio de los libros*. Editado y traducido por Íñigo García Ureta, 13 - 22. Madrid: Trama, 2019.

Zambrano, María. *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela, 2004.